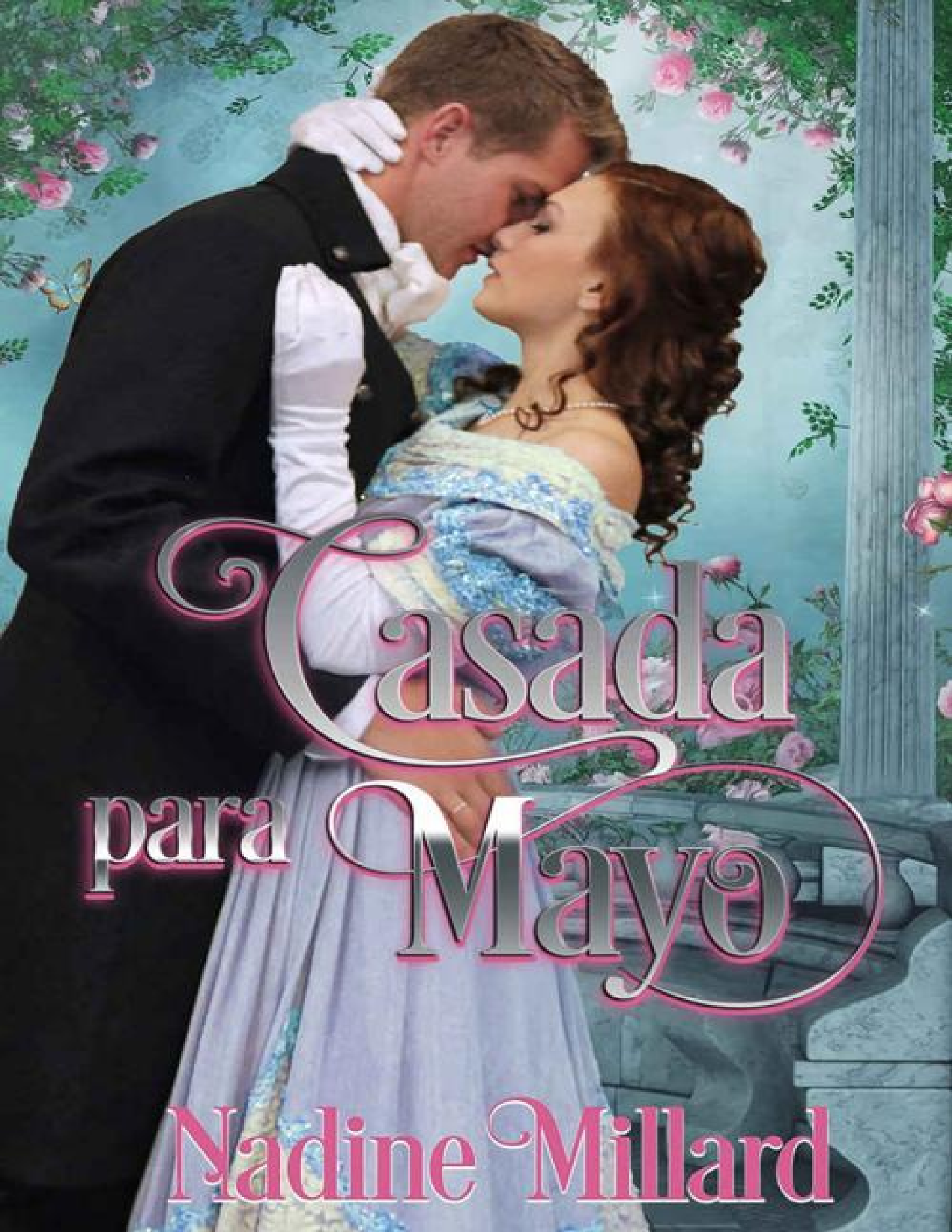




Casada
para Mayo

Nadine Millard

Casada para Mayo

Nadine Millard

Contenido

[Casada para Mayo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

—Otro baile exitoso, querida —dijo Lady Beatrice Fortescue, sonriendo a su madre mientras subían las escaleras, con los brazos entrelazados.

—Sí, en efecto, mamá —asintió ella—. Y mucho mejor con la presencia de Ben y Talia.

El primo de Beatrice, Ben, el Conde de Trafford, y su mejor amiga Natalia se habían casado en el famoso Baile de Navidad de su madre solo dos años atrás.

Después de vivir un tiempo en Rusia, habían regresado a tiempo para el baile de este año con la noticia de que se quedarían en Inglaterra y que esperaban un hijo.

Dado que Ben era como un hijo para Lady Fortescue y, por lo tanto, como un hermano para Bea, y que Talia había sido su mejor amiga desde la infancia, Bea no podía estar más emocionada con la idea de convertirse en tía de su hijo cuando llegara el momento.

—Oh, qué emoción tenerlos aquí —asintió Lady Fortescue—. Y la noticia de su bendición es simplemente maravillosa.

Habían llegado al rellano de las habitaciones familiares, y Beatrice esperaba ansiosamente quitarse el restrictivo vestido y recostarse contra sus almohadas de satén. El baile había sido emocionante, como siempre, pero los corsés que llevaba para contener su figura curvilínea le estaban hiriendo la piel, y las zapatillas de satén blanco le apretaban los dedos.

—De acuerdo, buenas noches, mamá —dijo ella con un rápido beso en la mejilla envejecida de su madre.

—Beatrice.

No había dado más que un par de pasos antes de que Lady Fortescue la llamara de nuevo.

—¿Sí, mamá?

—Hablé con Ben esta noche sobre venir con nosotros a Londres para el inicio de la Temporada.

El estómago de Bea se hundió hasta los dedos de los pies.

Ni siquiera era enero todavía, pero sabía exactamente a dónde quería llegar mamá con esta conversación en particular.

—Él no quiere estar alejado de Natalia por mucho tiempo, prefiriendo quedarse cerca de casa para el parto.

Lady Fortescue no parecía muy impresionada por el deseo de Ben de estar con su esposa tan adorada durante el parto y el comienzo de la vida de su hijo. Aun así, los tiempos habían sido diferentes cuando mamá estaba encinta, pensó Beatrice. Y Ben no era un marido típico de la alta sociedad que dejaba a su esposa a su suerte.

—Así que, no tendremos mucho tiempo con él este año. Y aunque sé que nos irá perfectamente sin él, sería mucho mejor tenerlo allí para que te acompañe a los eventos. Por lo tanto, debes hacer todo lo posible para conseguir un compromiso en las primeras semanas.

Beatrice sintió su boca abrirse, aunque no debería sorprenderse por las palabras de su madre.

—Mamá, no puedo encontrar un esposo en un par de semanas —insistió ella, aunque sabía que era inútil. Durante tres años su madre había estado desesperada por convertir a Beatrice en una Incomparable de la alta sociedad.

Y durante tres años Beatrice había cargado con la decepción de su madre como un peso sobre sus hombros. Pero simplemente no tenía las cualidades de una Incomparable.

Era baja y curvilínea, con cabello castaño poco llamativo y ojos avellana sencillos. Además, era demasiado tímida para hacerse notar en ningún lugar. Y no deseaba hacerlo.

—Por supuesto que puedes, querida —dijo Lady Fortescue con firmeza. Era una madre amable y

generosa, pero sus expectativas de su única hija eran demasiado ambiciosas para Beatrice—. Solo necesitas hacer exactamente lo que te diga. Actuar como te digo. Decir lo que te digo. Tenemos cinco meses, Beatrice. Cinco meses para ponerte en forma. Estoy decidida a que este año salgas de Londres, si no casada, al menos comprometida con un hombre extremadamente deseable.

Beatrice resistió el impulso de rodar los ojos.

No deseaba un esposo. Casi había alcanzado la mayoría de edad, lo que significaba que podría acceder a su herencia y llevar una vida muy cómoda. Podía quedarse aquí si lo deseaba. O podría elegir vivir en otro lugar. Podía evitar la ciudad para siempre, lo cual sería indudablemente atractivo.

Más importante aún, podría cumplir lo que había prometido al Reverendo Altmont en conversaciones anteriores. Podría financiar una escuela para los niños locales y establecer una empresa benéfica para los miembros más pobres de su sociedad. Siempre había sido un sueño para ella poder ayudar de una manera real y pronto, podría hacer justamente eso. Un esposo era lo último en lo que pensaba.

—Mamá, no necesito un esposo —respondió Beatrice a Lady Fortescue, esforzándose por mantener su tono neutral.

Sin decir una palabra más, se dirigió hacia su alcoba.

—En realidad, querida —la voz de Lady Fortescue hizo que Beatrice se detuviera—. Sí lo necesitas.

Capítulo Uno

Cinco meses resultó no ser mucho tiempo en absoluto. O cuatro, para ser precisos.

De cualquier manera, Beatrice se encontraba ahora escondida en el cobertizo del jardinero, buscando desesperadamente un respiro de mamá. Lady Fortescue siempre había sido bastante entusiasta con la Temporada y los eventos de la alta sociedad. No había sido tan malo antes de que Ben y Talia se casaran. Natalia había causado tanto revuelo dondequiera que iban que Beatrice, curvilínea y poco destacable, podía deslizarse al fondo. Que era exactamente lo que ella prefería. Y complacía a mamá saber que Beatrice al menos formaba parte de un grupo, incluso si estaba en la periferia.

Por supuesto, Beatrice asistía a todos los eventos correctos. Después de todo, era la única hija de la Viuda Fortescue, y su madre era un pilar de la alta sociedad. Ella bailaba obedientemente con aquellos que querían rendir homenaje a su nombre familiar, y con cazadores de fortunas que hacían muy poco esfuerzo por disimular sus verdaderas intenciones al dirigirse a ella.

Pero Talia había sido la joya. Talia había sido la favorita de los eventos de la alta sociedad. Beatrice simplemente había hecho compañía a su amiga. Sin embargo, eso había sido suficiente para satisfacer a Lady Fortescue, quien había convencido de manera bastante extraña a sí misma de que su hija era una debutante popular.

Ahora que el amortiguador de Natalia se había eliminado y Ben estaba asentado con propiedades florecientes, Lady Fortescue estaba libre de centrar todas sus expectativas, esperanzas y atenciones en Beatrice.

El tutor de comportamiento que mamá había solicitado que viniera a quedarse con ellos sin duda aparecería pronto, con su pequeño hocico de rata olfateando a Beatrice.

Cuando el pequeño hombre llegó una semana atrás, Beatrice estaba preparada para escuchar sus lecciones sobre la decencia, junto con la supervisión de su caminar, sus movimientos con un abanico, y su misma existencia.

Pero la experiencia había sido incluso más humillante de lo que temía.

El francés había entrado, la había estudiado en silencio durante lo que pareció una eternidad, luego se encogió de hombros y se volvió hacia mamá con una mueca de desdén.

—¿Con esto es con lo que espera que trabaje? —preguntó, mientras las mejillas de Beatrice ardían de vergüenza—. ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

Beatrice se vio obligada a contener las lágrimas mientras su madre, en lugar de echar al bruto de una patada, le rogaba que ayudara, alabando sus muchos talentos maravillosos y halagando el ego desmesurado del hombre.

Dios, era embarazoso. Beatrice había estado bien consciente de sus defectos. Descubrir que horrorizaban a un extraño era doloroso.

Y no es que Lady Fortescue fuera cruel. Al menos no intencionalmente.

Si lo fuera, si fuera una madre malvada como las de las novelas que Beatrice adoraba, al menos tendría un pasado interesante y trágico.

Pero no. Mamá la amaba y quería lo mejor para ella. Pensaba que tener los defectos expuestos para ser demolidos por una pequeña rata francesa era algo bueno.

Quería que Beatrice se casara. Que se estableciera y fuera feliz.

Y Beatrice también lo deseaba. Pero mientras ella estaría feliz de casarse por amor, mamá quería gloria. Un partido digno del nombre y la fortuna de los Fortescue.

Desafortunadamente para ambas, Beatrice no tenía la habilidad ni siquiera el deseo de asegurar tal partido.

Y el tiempo se estaba acabando. La conversación con mamá después de su Baile de Navidad estaba en la mente de Bea, como lo había estado desde que la tuvieron.

Beatrice siempre había creído que su dinero sería suyo para controlar al alcanzar la mayoría de edad. Había hecho los planes más grandiosos. Había hecho las promesas más maravillosas.

Solo para descubrir que su dinero no podría asegurarse hasta que estuviera casada.

Beatrice sabía que su madre era aficionada a esos acuerdos, dado el acuerdo que había hecho con Ben antes de su matrimonio con Natalia. Pero, aunque Beatrice no tenía memoria de su padre, siempre le había parecido un hombre sensato. No dado a tratos absurdos sobre el matrimonio.

Beatrice siempre había sabido que sería perseguida por el peor tipo de cazadores de fortunas debido a su dote excesivamente generosa. ¡Ahora se encontraba en la horrible posición de necesitar casarse solo para poder acceder a sus propios fondos!

El sonido de pasos fuera del cobertizo sacó a Bea de sus pensamientos melancólicos, y se apresuró a mirar por la puerta de madera agrietada.

Justo como temía, Monsieur Bisset corría por los senderos del jardín, con sus pequeños ojos aviesos buscándola.

Se dirigió hacia los jardines de rosas vallados, que apenas comenzaban a florecer ahora que el clima se estaba calentando para la primavera, y Beatrice aprovechó la oportunidad.

Abrió la puerta del cobertizo y salió corriendo, levantando sus faldas de muselina y corriendo en la dirección opuesta.

Se quedaría en el pequeño bosque que bordeaba su propiedad un tiempo y luego volvería al almuerzo para enfrentar las consecuencias de saltarse sus lecciones de danza.

Toda la situación era inútil, se decía Bea mientras se apresuraba hacia la puerta de hierro que conducía al área boscosa. Había pasado años en la escuela de refinamiento aprendiendo todas estas cosas. No se había convertido en una joya de primer orden entonces, y ciertamente no lo haría ahora.

La vida de una solterona, que mamá parecía considerar peor que la misma muerte, en realidad le atraía bastante a Beatrice.

Era demasiado tímida para imaginarse cómoda en la compañía de un hombre.

Y aunque su herencia era casi obscenamente grande, dependía de que estuviera casada. Beatrice preferiría vivir sola y modestamente antes que casarse solo para vivir en lujo el resto de su vida.

Y sí, mamá quería nietos, pero Ben y Natalia podían proporcionarlos. Técnicamente hablando.

Sin embargo, nada de esto parecía llegar a su madre, se recordó Bea mientras entraba en el bosque y se detenía sin aliento. Había estado intentándolo durante años. Temporada tras temporada fallida, se sentaba en el salón viendo el rostro de mamá caer en decepción mientras las tardes pasaban sin que llegaran ramos de flores, sin invitaciones para montar en el parque, y solo una pequeña cantidad de visitantes que estaban allí por un sentido de deber o porque estaban al borde de la prisión de deudores.

Si tan solo Lady Fortescue pudiera aceptar las limitaciones de su hija, ambas estarían mejor.

Algunas chicas, como Natalia, estaban hechas para historias románticas. ¡Por Dios, ella y Ben se habían enamorado fingiendo estar comprometidos!

Y luego estaban las chicas como Beatrice, que nunca se encontrarían en una...

—Ay.

Los pensamientos de Beatrice se detuvieron de golpe al mismo tiempo que chocaba con algo grande y sólido, algo que no debería haber estado en el camino en primer lugar.

Cayó en un montón indigno y miró con desdén a lo que había chocado.

Un caballo estaba pacíficamente comiendo hierba al lado del camino. Sin moverse. Sin estar atado. Simplemente comiendo.

Beatrice lo miró con sorpresa antes de buscar un propietario. Parecía que la bestia estaba bastante sola. Y, sin embargo, llevaba una silla y un freno.

Qué extraño.

Se levantó con dificultad y se acercó lentamente al animal, sin querer asustarlo.

En verdad, Bea nunca había sido aficionada a los caballos. Le habían aterrorizado cuando era niña y, aunque podía montar si era necesario, no era fanática.

Era demasiado baja, eso era todo. Y siendo tan pequeña, cuando estaba sobre un caballo gigante, se sentía demasiado alejada del suelo sólido para su tranquilidad.

—¿Qué haces aquí, hmm? —Mantuvo su voz baja y suave, asegurándose de mantenerse en la línea de visión del animal—. ¿Has perdido a tu dueño en algún lugar del camino?

Beatrice miró alrededor nuevamente. Se mordió el labio, sin estar muy segura de qué hacer.

Si este caballo había lanzado a alguien, esa persona podría estar bastante herida

Mientras Beatrice permanecía allí viendo que hacer, otro sonido captó su atención, y de repente un hombre irrumpió entre los árboles, sus botas de Hessian golpeando el suelo, ramitas rompiéndose y ardillas saliendo disparadas de su camino.

—¡Ares! Ahí estás. ¿Qué demonios estás haciendo?

Beatrice sintió que se le caía la mandíbula mientras el extraño enojado se acercaba. Sus ojos se abrieron al observar su traje verde oscuro cubierto de hojas y ramitas, sus pantalones color gamuza, junto con sus botas negras altamente pulidas.

No llevaba sombrero, pero tenía uno en una mano y una fusta en la otra.

No sabía si él la había visto aún, dado que ella estaba al otro lado de su maravillosamente imperturbable caballo.

Quizás podría escabullirse...

—No esperes avena cuando regresemos, inmaduro...

El hombre se detuvo abruptamente, y Beatrice adivinó que él la había visto. O al menos parte de ella.

—Mis disculpas, señorita. No vi a nadie allí.

Ella permaneció completamente inmóvil y en silencio, sin saber si debería huir o presentarse.

Uno no se presenta a hombres extraños en el bosque; no necesitaba que Monsieur Bisset se lo dijera.

—¿Señorita?

Beatrice se llamó a sí misma tonta por quedarse allí muda mientras el hombre intentaba hablar con ella.

Tomando una profunda respiración, asomó de detrás del caballo.

¡Señor, pero qué apuesto era!

Su mandíbula se cayó de nuevo mientras miraba al extraño ante ella. Un mechón de cabello castaño oscuro caía sobre su frente mientras unos ojos azul profundo la miraban desde arriba.

Él sonrió mientras hacía una reverencia.

—Lamento mi conducta. No la vi allí. Espero no haberla ofendido.

—N-no, en absoluto —logró balbucear ella.

—Mi caballo a veces tiene voluntad propia. Solo me di la vuelta un segundo.

Se detuvo de repente y rodeó al animal, que aún estaba felizmente comiendo hierba frente a él.

—¿No está herida? —preguntó mientras su mirada recorría su cuerpo. Beatrice se sorprendió al

sentir cómo su cuerpo entero se calentaba bajo su minuciosa observación.

—N-no —dijo de nuevo, maldiciendo su propia timidez—. Caí, pero...

—*Está herida*. Su rostro se iluminó con preocupación, y Bea sintió un rubor en sus mejillas.

Nunca nadie mostraba realmente preocupación por ella. Ciertamente, nadie fuera de mamá, Ben o Talia.

—No lo estoy, se lo aseguro. —Se apresuró a tranquilizarlo.

Permanecieron en un silencio que se volvía cada vez más extenuante para Beatrice.

—De acuerdo, no la retendré más, señorita. Llevaré a mi montura indisciplinada y me iré.

Beatrice no pudo evitar responder a su sonrisa, aunque, por supuesto, no debería.

—B-buen día, entonces. —Hizo una rápida reverencia y luego se dio la vuelta para apresurarse de regreso a la casa.

—¿Señorita?

Su voz la llamó suavemente y, aunque Beatrice sabía que debería ignorarla, se volvió de todos modos.

—¿Sí?

—¿Puedo ser tan atrevido como para preguntarle quién es? Por si acaso mi caballo intenta derribarla de nuevo. Necesitaré saber a quién dirigir su disculpa.

Beatrice se rio.

—¿*Su* disculpa? —preguntó.

—En efecto —respondió él con una falsa solemnidad—. Después de todo, él es quien causó la caída, no yo. Es justo que él sea el que se disculpe.

Beatrice se rio de nuevo ante la descarada ocurrencia del hombre.

Y aunque sabía que él era un canalla por pedirlo, y que no debería alentar tales cosas, se encontró queriendo prolongar su extraño encuentro.

—Soy Lady Beatrice —respondió tímidamente—. Mi madre es Lady Fortescue.

Observó cómo los ojos del hombre se abrían en sorpresa.

—Mi lady. —Se inclinó con deferencia—. Pido disculpas por no haberla tratado como corresponde. Parece que tanto mi caballo como yo tenemos mucho que pedir disculpas esta mañana.

Beatrice no podía creer lo mucho que estaba disfrutando.

—Está bastante bien —respondió, con la timidez ya olvidada—. Los perdono. A ambos.

—Es demasiado magnánima, mi dama —tomó su mano y le dio el más fugaz de los besos en el dorso de la misma. Pero fue suficiente para hacer que el corazón de Beatrice latiera con fuerza y sus mejillas se sonrojaran.

Él soltó su mano, y Bea resistió el impulso de volver a meterla en su agarre.

Buenos cielos, ¿qué le pasaba? Debería irse antes de hacer algo tonto. O inapropiado.

—Bueno, entonces debería irme —dijo, aunque a regañadientes.

Se dio la vuelta de nuevo y tropezó ligeramente mientras se apresuraba hacia la casa.

Al llegar a la puerta que conducía de regreso a los terrenos de su finca, Beatrice no pudo evitar mirar por encima de su hombro.

Él aún estaba de pie donde ella lo había dejado. Y estaba mirando mientras ella se alejaba.

Capítulo Dos

Es simplemente tan *emocionante*.

Beatrice no pudo contener su sonrisa mientras Natalia le apretaba el brazo, con sus fríos ojos azules brillando.

—Casi nada, Talia —murmuró—. Ni siquiera recordé preguntar su nombre.

—Eso lo hace aún más emocionante —insistió su amiga.

Caminaban por el pueblo, observando cómo el reverendo local se movía apresuradamente por la plaza dando órdenes.

Las preparaciones para las festividades del Día de Mayo estaban en marcha. En solo unas semanas, su tranquilo pueblito se transformaría en un paraíso primaveral.

Aunque el Día de Mayo no se celebraba tanto en la actualidad como en el pasado, todavía se tomaba muy en serio en su pequeño pueblo.

Cada año, tenían un gran festival. Comenzaba al amanecer cuando la gente salía a recoger flores para las guiraldas que decorarían el Palo de Mayo.

Había comida y bebida, música y baile.

Y, por supuesto, coronarían a la Reina del Mayo; una joven elegida para liderar la procesión hacia el Palo de Mayo y abrir el baile en las salas de la asamblea esa misma noche.

Cuando Beatrice era una niña de faldas cortas, soñaba con ser coronada Reina del Mayo.

Cuando tenía quizás doce años, se dio cuenta de que nunca lo sería.

Ahora el Reverendo Altmont y su grupo de ayudantes estaban preparando la llegada de artistas y comerciantes de todo el condado que descenderían sobre el pueblo para el festival.

—Quizás sea un comerciante de algún tipo —meditó Talia en voz alta—. ¿Y ha venido a vender sus productos en las festividades?

El estómago de Beatrice se hundió al escuchar esas palabras. Tenía sentido. Explicaría por qué no lo había visto antes, ya que ella nunca salía del pueblo. De hecho, las únicas veces que iba a otro lugar era cuando mamá la arrastraba a las ferias de matrimonio en Londres.

—Quizás —coincidió ella, ignorando su decepción.

Si él fuera un comerciante o algún tipo de asistente de comerciante, mamá nunca aceptaría un enlace.

Beatrice se detuvo en seco, arrastrando a Talia de vuelta cuando su amiga iba a seguir caminando.

—¿Bea? ¿Qué sucede?

Pero Beatrice estaba demasiado ocupada castigándose a sí misma para prestar atención a la pregunta de su amiga.

De todos los cabezas huecas.

¿Realmente había estado soñando con emparejarse con un hombre con el que había hablado quizás dos minutos, cuyo nombre ni siquiera conocía, solo porque le había prestado un poco de atención?

Era aún más patética de lo que había pensado.

—¿Bea?

—Estoy bien —se apresuró a asegurar Natalia, incluso mientras se ruborizaba de vergüenza por dentro—. Solo... estaba distraída pensando en las instrucciones de Monsieur Bisset sobre cómo sostener el abanico en un baile.

Natalia resopló en señal de burla.

—Qué hombre tan odioso. ¿Qué podrá haber estado pensando Lady Fortescue? Tú eras la mejor estudiante que la señorita Fincham ha tenido. Y ciertamente, comparado conmigo, tu comportamiento siempre fue impecable. —Sonrió, sus ojos azul hielo centelleando.

—Hmm, bueno, el comportamiento de la mayoría de las personas era impecable comparado con el tuyo —rio Bea—. Pero no importa. Mamá no se deja convencer. Se ha convencido de que la razón por la que estoy al borde de la soltería es por defectos que se pueden arreglar. Esta temporada me casaré o moriré intentándolo —se quejó.

Bea soltó un suspiro, echando un mechón de su triste cabello castaño de su rostro. No solía ser tan autocompasiva.

—Cuando todos saben que no puedo arreglar las peores cosas de mí misma.

—¡Beatrice!

Natalia se volvió para enfrentar a su amiga, abrazándola y obligando a Beatrice a mirarla.

—Me niego a permitir que sigas menospreciándote —dijo Natalia con firmeza—. Eres tan dura contigo misma que no ves lo valiosa que eres.

Bea asintió como si estuviera de acuerdo, pero no lo estaba, por supuesto. Alguien como Natalia nunca entendería lo que es sentirse invisible. Desear ser invisible.

¿Cómo podría explicar su temor a ser exhibida por Londres frente a un grupo de hombres que no la deseaban, a la única mujer que solo tenía que parpadear para que los hombres corrieran hacia ella? Que tomaba la atención que siempre había acaparado con naturalidad. Y que había encontrado el amor con un hombre que adoraba el suelo que ella pisaba.

—Ahora, cuéntame más sobre tu hombre misterioso.

—¡Talia! —Bea rio mientras Talia nuevamente le agarraba el codo y las arrastraba a un paseo— Te he dicho, ¡no es mi hombre misterioso! Apenas hablé con él. Los grandes romances no comienzan con chocar contra el caballo de alguien.

—Cosas más extrañas han pasado —respondió Talia—. Míranos a Ben y a mí. No podíamos soportar vernos. Tuvimos que fingir nuestro compromiso solo para darnos cuenta de que queríamos estar comprometidos.

—Ben nunca estuvo tan irritado contigo como pretendía —respondió Bea rápidamente—. No podría amarte tanto si lo estuviera.

—Oh, sí podía —aseguró Natalia—. Porque yo estaba absolutamente tan irritada con él, incluso cuando me enamoré.

Beatrice rio ante la malicia de Natalia, deleitándose con el hecho de que su amiga había vuelto.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora, lo amo más que nunca —respondió ella.

Caminaron unos pasos más.

—¡Y me molesta más que nunca!

—No puedes estar hablando de mí, porque sé que nunca podría molestarte.

Las damas se volvieron al oír la voz de Ben detrás de ellas, y Bea observó cómo sus ojos recorrían el rostro de su esposa, esa mirada de ligera admiración mezclada con ternura que siempre tenía alrededor de Talia iluminando su rostro.

—Por supuesto que no, cariño —dijo Natalia levantando una ceja—. ¿Terminaste tu asunto?

Ben se inclinó y le dio un beso en los labios a Natalia, sin preocuparse por la propiedad.

Fue rápido y no escandaloso en absoluto, aparte de ser en público, pero Bea sintió como si estuviera invadiendo un momento íntimo entre los dos. Pero eso no era nada nuevo. El amor prácticamente se desbordaba de ellos siempre que estaban juntos.

Beatrice no se sorprendió por la intimidad. Sin embargo, se sorprendió por el repentino giro de envidia en su abdomen.

Nunca había sentido otra cosa que alegría al ver lo feliz que era su amiga y primo. ¿Por qué entonces, de repente, deseaba tal amor para sí misma?

¿Por qué su corazón latía dolorosamente?

¿Y por qué demonios su mente vagaba hacia el hombre en el bosque?

Ben comenzó a hablar sobre lo que había estado haciendo en el pueblo, y Bea permitió que su mirada viajara por la plaza. Todo seguía igual. La iglesia, la panadería, la botica...

De repente, su mirada chocó con una mirada azul cobalto, y su ritmo cardíaco se aceleró al reconocer al hombre del bosque. Estaba de pie al otro lado de la plaza, y él la miraba directamente.

Beatrice no se dio cuenta de que había jadeado en voz alta hasta que sintió la mirada aguda de Natalia sobre ella.

—¿Qué pasa? —susurró su amiga

—Y... ese es él— logró decir Bea. Hablaba con Talia pero no podía apartar los ojos del hombre al otro lado de la plaza.

Mientras lo observaba, él sonrió y se inclinó con el sombrero.

—¿Lo es? ¿Dónde?

Beatrice no tuvo tiempo de responder antes de que Natalia emitiera un jadeo.

—Oh, Bea, es tan guapo. Y mira cómo te mira. ¡Dios mío!

—¿Quién es guapo? — El tono ofendido de Ben finalmente penetró la neblina en la que se encontraba Beatrice, y ella giró la cabeza hacia el rostro fruncido de Ben.

—Tú, cariño— dijo Natalia, dándole una palmadita en el brazo.

—Hmm.

Sonaba ligeramente apaciguado, pero todavía miraba a Beatrice con desconfianza.

—¿Y quién te está mirando?

—Nadie— respondió rápidamente. —Solo... solo alguien que conocí ayer.

Ben la miró con desdén, como un padre desaprobador.

—¿Y estabas sola ayer cuando conociste a este alguien que te mira?

Beatrice echó una mirada a través de la plaza, sintiendo una mezcla de alivio y decepción al ver que el lugar donde había estado su hombre misterioso ahora estaba vacío.

—¿Beatrice?

—¿Qué? Sí. Quiero decir... no. —dijo tartamudeando mientras la expresión de Ben se ponía amenazadora. —Quiero decir...

Miró desesperadamente a Natalia, quien estaba poniendo los ojos en blanco ante la actitud protectora de Ben.

—Solo díselo, querida— suspiró.

Beatrice se sintió traicionada por las palabras de Natalia.

Había confiado en Talia con sus secretos durante años. Y aunque ahora era la Condesa de Staunton y esposa de Ben, seguía siendo la mejor amiga de Bea.

—Bueno, yo...

—Se topó con un caballo— interrumpió Natalia suavemente.

La expresión de Ben se volvió en confusión.

—¿Un caballo? — preguntó.

—Un caballo— confirmó Natalia.

—¿Y el caballo la estaba mirando ahora mismo?

Beatrice se estremeció ante la incredulidad en el tono de Ben. No es que pudiera culparlo. Pero la expresión de Natalia seguía sin inmutarse.

—Mm. Los animales pueden ser tan intuitivos, ¿no? — preguntó.

Beatrice permaneció nerviosa mientras Ben y Talia se enzarzaban en una especie de batalla silenciosa de voluntades.

—¿Y es guapo? — Ben levantó una ceja incrédula hacia su esposa, luciendo a la vez divertido y suspicaz. —¿Este caballo?

—En efecto. Siempre he pensado que son animales tan majestuosos. ¿No estás de acuerdo?

Una vez más, se miraron desafiantes, y Beatrice se sintió inexplicablemente nerviosa.

Después de una eternidad, Ben habló de nuevo.

—Sabes que no te creo— dijo con un suspiro. —Así como ambos sabemos que no voy a ganar aquí.

Natalia esbozó una pequeña sonrisa de autosuficiencia.

Ben simplemente se rio y sacudió la cabeza, pero cuando sus ojos dorados se volvieron hacia Beatrice, estaban bastante serios.

—Ten cuidado, prima— dijo suavemente. —Cualquier cosa puede sucederle a una joven que se relaciona con... caballos desconocidos.

Beatrice solo asintió tímidamente.

—Ahora, volvamos antes de que tía Elizabeth envíe una partida de búsqueda, ¿de acuerdo?

Él tomó la mano de Natalia y la besó antes de girarse hacia el camino a casa.

Beatrice observó la sonrisa secreta entre Talia y Ben, luego miró de nuevo al lugar donde la mirada azul profundo había atrapado la suya.

—Ustedes sigan— soltó de repente con un impulso de audacia. —Solo necesitaba ver a... um... el Sr. Altmont. Sobre— se esforzó por recordar, lamentando ya esta decisión. —Sobre flores. Para, para el festival.

—¿Estás ayudando al vicario con el festival? — preguntó Ben.

—Sí— mintió rápidamente. —Como cada año.

No objetaría que ella regresara sola más tarde. Lo había hecho desde que era una niña.

—Está bien. Entonces te veremos en casa. Vamos, amor. Tendremos que disculpar a Bea.

—Por supuesto— acordó Natalia antes de dirigirse a Bea. —Solo... ten cuidado con los caballos descontrolados, ¿quieres?

Bea giró sobre sus talones y se alejó antes de que Ben pudiera ver cómo sus mejillas se sonrojaban ante las palabras de Natalia.

Ambas sabían que no eran caballos descontrolados los que Bea esperaba encontrar. Más bien, un canalla.

Capítulo Tres

—No pensé que tendría tanta suerte de verla de nuevo tan pronto, Lady Beatrice.

Bea se quedó congelada mientras miraba a través de la ventana de la panadería los pasteles de limón que tanto le gustaban.

Ni siquiera tuvo que mirar su reflejo en el cristal para saber quién había hablado.

Haciendo lo mejor posible por calmar su corazón acelerado, Beatrice se volvió lentamente para enfrentarlo.

El brillante sol primaveral iluminaba su figura, permitiéndole verle más claramente que el día anterior bajo la luz filtrada del bosque.

Notó que su cabello castaño tenía tonos de un caramelo oscuro, y que sus ojos, en lugar de aclararse con la luz del sol, parecían de un azul más profundo, como la parte más oscura del océano.

Y esa sonrisa...

Bea tragó saliva, sintiendo la garganta repentinamente seca.

—Me vio antes, ¿verdad? —Intentó sonar coqueta y audaz. Pero en lugar de eso, sonó como si lo estuviera reprendiendo.

—Así es —respondió gravemente—. Y debo admitir que casi me dejé llevar por los celos al verla con ese caballero alto. No puedo decirle lo aliviado que me sentí cuando vi que él besaba a su acompañante.

Bea no pudo evitarlo. Soltó un bufido poco digno de una dama.

Pero era tan ridículo.

Como si algún hombre notara a la simple Beatrice cuando Natalia estaba cerca.

—¿No me cree? —preguntó, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Por supuesto que no le creo —soltó antes de poder detenerse.

Sin embargo, en lugar de ofenderse, él echó la cabeza hacia atrás y se rio, un sonido que hizo que Bea sintiera algo extraño en su interior.

—Es refrescantemente honesta, Lady Beatrice. —Sus ojos brillaban mientras la miraba—. Pero le aseguro que soy lo suficientemente hombre como para admitir que los celos casi me vencen.

Estaba mintiendo, claro. Tenía que estarlo. Pero Beatrice sintió un destello de placer de todos modos.

—Lord Staunton es mi primo, y su esposa, Lady Staunton, es mi mejor amiga.

—¿Están de visita con usted?

—Sí, acaban de regresar de Rusia. Se están quedando con la tía de Lady Staunton, cuyo terreno colinda con el nuestro, hasta que nos traslademos a Londres.

Asintió como si cada palabra que ella decía fuera de gran interés. Beatrice no estaba segura de cómo manejar tanta atención, ya que nunca había sido objeto de algo así antes.

Su repentina sonrisa hizo que su corazón volviera a acelerarse.

—Pero no están con usted ahora.

De repente, se sintió inexplicablemente nerviosa.

—No, no están conmigo ahora.

—¿Puedo acompañarla a casa entonces, Lady Beatrice? Prometo que ningún caballo le hará daño en el camino.

Beatrice rio, completamente encantada por él.

—¿Lo ha encerrado bien, verdad? —sonrió.

—Por supuesto. Ya no andará libre para acosar a jóvenes inocentes que simplemente están haciendo sus compras.

Él le ofreció su brazo y, tras un segundo de duda, Beatrice lo tomó.

—Aunque —continuó en voz baja—, no puedo fingir que estoy descontento con lo sucedido. Después de todo, nos llevó a conocernos.

Oh, *Dios*.

—Aún no me ha dicho su nombre —dijo Beatrice, algo agitada, intentando mantener la compostura—. Y no creo haberle visto en nuestro pueblo antes.

—No, estoy visitando a un primo. Sir Edmund Clarence. ¿Lo conoce?

—Eh... sí.

Beatrice contuvo un escalofrío de repulsión al escuchar ese nombre. Sir Edmund había heredado la baronía de su padre hace apenas tres años. El difunto Sir Edmund había sido un hombre tranquilo y gentil, cuyo corazón había sido roto más de una vez por su terrible hijo. El actual Sir Edmund no se parecía en nada a su padre: un jugador, un libertino depravado. Lady Fortescue le había prohibido a Beatrice tener cualquier trato con él.

Aunque su título implicaba que debía ser invitado a eventos y fiestas, rara vez asistía a sus formales veladas, lo cual convenía a todos, pues nunca era bien recibido.

Beatrice estaba sorprendida de que un hombre tan encantador y agradable como el que tenía a su lado pudiera estar emparentado con Sir Edmund.

—Ah, juzgando por su tono y esa expresión, diría que ya lo conoce bien —dijo él—. No la culpo. A mí tampoco me cae particularmente bien.

Su franqueza dejó atónita a Beatrice. Era tan diferente a lo que estaba acostumbrada. En la experiencia de Bea, la gente no solía ser tan sincera. Especialmente con desconocidos.

—¿Y aun así se está quedando con él? —se sintió envalentonada por su honestidad.

—Sí, bueno, acabo de regresar de la India —explicó con facilidad—. Y el deber familiar implicaba que debía presentar mis respetos. Estaba llegando apenas ayer cuando me topé con usted —continuó—. O, mejor dicho, cuando mi caballo se topó con usted.

Su risa se mezcló con la de él.

—Pensé en quedarme un tiempo. Especialmente ahora.

Una vez más, Beatrice sintió que sus mejillas se ruborizaban.

Y nuevamente, se encontró en silencio, sin saber cómo responder a un coqueteo tan descarado.

Le encantaría preguntarle sobre la India. Siempre le había parecido un lugar tan emocionante. Tan exótico y misterioso.

Y le encantaría preguntarle cuánto tiempo planeaba quedarse. Si estaría allí para el festival.

Pero simplemente no era lo suficientemente atrevida para hacer nada de eso, y así caminaron en silencio, con Beatrice deseando desesperadamente ser el tipo de persona sofisticada que podría charlar y coquetear con hombres atractivos con total soltura.

Subieron una pequeña colina en el camino y su casa apareció a la vista.

—Le debo un nombre, ¿no es así? —preguntó de repente, deteniéndose.

—Sí —sonrió, contenta de que su torpeza no pareciera afectar su buen humor.

—Ewan Brooks, a su servicio, señora.

Hizo una elaborada reverencia, y Beatrice se rio de sus gestos.

—Es un placer conocerlo, señor Brooks —hizo una reverencia ella también.

Se quedaron sonriendo el uno al otro por un momento antes de que la realidad se impusiera.

—Debería irme —dijo Beatrice, notando la decepción en su propia voz.

¿Era su imaginación o él también parecía decepcionado?

Se dio la vuelta para marcharse, pero en el último segundo reunió el valor y se giró para mirarlo.

—Me gustaría tener tiempo para escuchar más sobre la India —dijo—. Siempre me han fascinado las historias de tierras lejanas. Quizás en otra ocasión. Si... —de repente se sintió incómoda—. Si no le molesta contarme.

—¿Molestarme? En absoluto, mi lady. Y ahora me ha ahorrado tener que inventar una excusa para visitarla mañana.

—¿D...desea visitarme mañana? —preguntó, sin atreverse a creer en su buena fortuna.

¿Podría ser que había tenido la suerte de conocer a un hombre realmente interesado en ella antes de ser arrastrada a Londres para la humillación de otra temporada fallida?

—La visitaría en este momento, si pudiera —respondió él con halagadora rapidez—. Pero sé que las buenas maneras dictan que debería esperar un momento más apropiado.

El brillo en sus ojos dejaba a Beatrice sin duda alguna sobre lo que pensaba de las estrictas reglas de etiqueta en su mundo.

—Y mañana, le relataré cuentos sobre los olores y sonidos de la India, y usted me contará todo sobre usted.

—Dudo que conocer todo sobre mí pueda compararse con su tiempo vivido en la India —rio ella.

—No, no puede compararse —respondió él, acercándose más y robándole el aliento—. Será infinitamente mejor.

Beatrice no pudo hacer otra cosa que mirarlo hacia arriba, con las piernas temblorosas y la cabeza mareada por la falta de aire, ya que no podía respirar.

“Él va a besarme” pensó emocionada. Y sabía que, si lo hacía, no lo detendría.

Pero en el siguiente momento, él se apartó, y Beatrice tuvo que decirse a sí misma con firmeza que no era una profunda decepción lo que sentía.

—Hasta mañana, entonces —sonrió él, tomando su mano y depositando un beso que sintió hasta el alma—. Que tenga un buen día, Lady Beatrice.

Beatrice se apresuró a alejarse de él antes de hacer algo realmente tonto, como suplicarle que la besara.

Y esta vez, no miró atrás. Si él estuviera allí mirándola como lo había hecho ayer, temía que su corazón estuviera en grave peligro.

Capítulo Cuatro

Ewan observó a la diminuta Lady Beatrice correr hacia la imponente casa de piedra gris, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

Ella era encantadora. Más de lo que había esperado, dada la descripción de Edmund.

—*Es tan aburrida como el agua de los canales* —se había burlado Edmund—. *Tanto en apariencia como en personalidad. Pero no es algo malo. La hará un objetivo tan fácil que para cuando comience el festival, ya habrás terminado y estarás de regreso en las tierras altas de Escocia.*

El estómago de Ewan se retorció mientras la culpa lo atormentaba.

Ya se había sentido incómodo con este terrible plan. Pero ahora que había conocido a la tímida y callada dama, la culpa lo consumía.

Cuando ella era una desconocida sin rostro, era más fácil aceptar el plan de Edmund.

Pero no era una desconocida. Era Lady Beatrice. Y no era una cara sin expresión. Era bonita, tímida, con enormes ojos avellana. Ojos de *confianza*.

Y él era un bastardo mercenario.

Ewan tragó con dificultad mientras una furia inútil se agitaba dentro de él. Este era el plan de su primo, sí. Pero Ewan lo estaba aceptando. Lo estaba llevando a cabo.

Maldiciendo a su primo y a sí mismo, Ewan avanzó lentamente hacia su casa, o más bien hacia la casa de Edmund, preguntándose no por primera vez cómo había llegado a este punto. Un punto en el que intentaba engañar a una joven para despojarla de su fortuna.

El padre de Ewan le debía una fortuna a Edmund. Una fortuna que había tomado prestada del padre de Edmund, quien nunca sintió la necesidad de pedir el dinero de vuelta. Cuando el viejo barón murió, sin embargo, y Edmund tomó el control del título y sus propiedades, decidió reclamar la deuda.

Ewan había recibido noticias en la India de su angustiada madre y se había quedado impactado. No tenía idea de que su familia estaba teniendo problemas financieros. Hizo planes inmediatos para regresar a Inglaterra y escribió a su primo antes de hacer el viaje a casa, diciéndole que iría directamente a verlo para que pudieran solucionar esto.

Después de todo, eran familia. La madre de Ewan era tía de Edmund. Y seguro que eso contaba para algo.

Su padre siempre había sido un caballero de medios modestos y una pequeña finca. Casarse con la hija de un barón había asegurado los fondos suficientes para mantener sus pequeñas tierras agrícolas. Lo suficiente para darle a Ewan una educación decente y enviarlo al mundo.

Y así Ewan se fue. A la India, donde estaba en camino de amasar una fortuna por sí mismo. Pero aún no estaba allí. Vivía modestamente, invirtiendo todo su dinero en los negocios que sabía que darían frutos y lo harían un hombre muy rico. Lo suficientemente rico para pagar cada penique de la considerable deuda de su padre.

Pero, al parecer, no lo suficientemente rápido para su primo.

Mientras la fortuna de Ewan crecía, las tierras agrícolas de su padre habían estado fallando debido al duro clima escocés, y en lugar de traer a Ewan de vuelta, el hombre había recurrido una y otra vez a su generoso cuñado.

El barón no había estado frío en su tumba antes de que su codicioso hijo viniera a llamar. La cantidad arruinaría al padre de Ewan. Y Ewan no podía permitir que eso sucediera.

Sus ofertas de pagos parciales, sus solicitudes de más tiempo, sus súplicas por misericordia dada la conexión familiar y el deterioro de la salud de su padre, nada de eso hacía una diferencia. Nada de eso parecía importar a Edmund.

Cuando Ewan llegó a la casa de Edmund y vio a su primo borracho, con los ojos vidriosos y la barbilla caída, no podía creer que este hombrecillo estaba amenazando a su padre con la prisión por deudas.

Esperaba que, si la razón no funcionaba, su fuerza y altura superior pudieran intimidar al barón. Pero la codicia de Edmund era un enemigo formidable, y no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad de chantaje.

Lo había mantenido escondido durante más de una semana mientras elaboraba su diabólico plan y lo convencía de aceptarlo. Y Ewan, maldiga su alma, finalmente lo hizo.

—La chica está destinada a la soltería —se había burlado Edmund—. Esta podría ser su única oportunidad para casarse. Todos conocen la cláusula en su contrato de herencia. Si quiere su herencia, debe casarse con alguien. Y no veo razón por la que no deba ser yo.

Ewan se agarró del asiento para no golpear a su cruel primo en la nariz.

—Imagina todo ese dinero precioso desperdiciado.

—¿Por qué no la arruinas tú mismo? —exigió Ewan, enfermo por la conversación, pero sabiendo que estaba a merced de Edmund—. Entonces, el honor dictará que debes casarte. No hay necesidad de involucrarme a mí o a nadie más.

—No puedo acercarme a la chica. Al igual que los rumores volaban sobre las demandas de Fortescue para el futuro de su hija, todos aquí saben que disfruto de un estilo de vida que las matronas estrechas no aprueban. La sonrisa burlona de Edmund era prueba de que no le importaba un comino lo que la gente pensara de él. —No hay manera en el infierno de que pueda acercarme a la chica el tiempo suficiente para seducirla. No, eliminar cualquier posibilidad de que alguien decente quiera casarse con ella es la única forma de asegurarme de obtener su herencia y la dote que viene con un matrimonio.

—¿Realmente estás tan desesperado, que recurrirías al chantaje para arruinar a una inocente por su fortuna? —escupió Ewan con rabia inútil.

El ceño fruncido de Edmund insinuaba su temperamento rápido.

—No estoy desesperado —gritó como un niño malcriado—. No hay nada de malo en querer más, primo. Después de todo, odiaría que mi riqueza disminuyera y terminara como tu patético padre. Esta vez, las manos de Ewan se cerraron en un puño, preparándose para una golpiza que sabía que no debía dar.

—Además, no estoy chantajeando al querido tío Hamish, te estoy chantajeando a ti.

Su sonrisa hizo que los dientes de Ewan se pusieran en tensión.

—Y no voy a arruinar a la chica.

Edmund se recostó, seguro de su victoria. Y tenía razón, maldito sea. Ewan tenía que hacer lo que fuera necesario para proteger a su padre.

—Vas a hacer eso por mí.

La casa de ladrillo rojo de su primo apareció a la vista y Ewan se preparó para lo que encontraría al otro lado de la puerta esa noche.

Ewan no era un inocente ni un monje. Era demasiado consciente de los vicios de sus compatriotas, especialmente viviendo en una tierra de belleza exótica con menos ojos decorosos para emitir juicios.

Había tenido su parte de mujeres, había disfrutado y había celebrado tanto como cualquier hombre.

Pero Edmund... las inclinaciones de Edmund eran diferentes y no eran algo en lo que Ewan quisiera participar.

No sabía cómo su primo encontraba tanto infierno para armar en un pueblo tan tranquilo, pero lo encontraba. Y Ewan estaba empezando a estar sinceramente harto de despertar cada mañana con los vestigios de lo que hubiera pasado la noche anterior.

Incluso ahora, cuando el cielo comenzaba a oscurecer, un grupo de jóvenes mujeres, mujeres que no podrían ser acusadas de ser damas, irrumpió por la puerta, medio vestidas y tambaleándose. Bien y verdaderamente borrachas a la vista de su caminar y su risa estridente resonando en el aire.

Ewan tragó un nudo de desagrado.

Imaginaba a Lady Beatrice, tan tímida, tan inocente, atrapada en una casa como esta. Un matrimonio con un hombre como Edmund.

Imaginaba la sonrisa que le daba a Ewan un pequeño impulso de orgullo cada vez que lograba sacársela, convirtiéndose en un recuerdo olvidado. ¿Qué motivo tendría para sonreír, después de todo?

Y esos ojos. Con sus destellos de verde, marrón y dorado. El brillo que había detectado en ellos desapareciendo como si nunca hubiera existido.

¡Dios mío! ¿Qué le pasaba? Había visto a la chica dos veces. No le había hablado más de una hora en total.

¿Por qué debería preocuparse por esas cosas?

No conocía a Lady Beatrice. Por lo que sabía, podría ser una niña consentida y vacía como tantas jóvenes de la alta sociedad.

Una vez que se fuera de aquí, regresaría a Escocia y luego a la India. ¿Qué importaba todo esto?

Si el plan de Edmund funcionaba y él terminaba casado con ella, Ewan ni siquiera se enteraría. Ya se habría ido hace tiempo.

Si Edmund la tocaba, la besaba, la llevaba a la cama... El estómago de Ewan se retorció, pero lo ignoró.

No era asunto suyo.

Edmund había sido muy claro.

Seduca a la chica, exponte públicamente. Luego desaparece.

Déjala arruinada e irreparable. Entonces Edmund podría intervenir, casarse con ella y hacerse con su dinero.

¿Y qué ganaba Ewan?

Obtenía el perdón y olvido de las deudas de su padre.

Pero también obtenía el conocimiento de que estaba entregando a esa joven inocente en manos del detestable barón.

Nunca se perdonaría a sí mismo. Pero no tenía que hacerlo. Solo necesitaba aprender a vivir con ello.

Capítulo Cinco

— Nada de lo que tengo es lo suficientemente bueno. Tienes que *ayudarme*.

Beatrice vio cómo los ojos de su doncella se agrandaban, y no podía culpar a la chica.

En todos los años que la joven Hilda había trabajado para Beatrice, nunca la había oído alzar la voz. Y ciertamente nunca la había visto preocuparse por un vestido. ¡Y ni siquiera un vestido de baile! Solo un simple vestido de tarde.

—Pero mi señora, no sé qué puede hacer —dijo la doncella, interrumpiendo su explicación con voz suave.

—Lo sé —Beatrice interrumpió la explicación de la criada, sintiéndose ya terrible por su estallido—. Lo siento, Hilda. Solo... solo quería verme bien hoy.

Hilda sonrió a su señora, que en realidad era más amiga que otra cosa.

—Pero siempre se ve bien, mi señora —dijo firmemente, basado más en lealtad que en exactitud, apostaría Bea.

Beatrice suspiró.

Quizá ese era el problema. Se dejó caer sobre la cama y tiró de los vestidos esparcidos sobre la colcha.

Nadie podría cuestionar la calidad. Estaban excelentemente hechos y usaban los mejores materiales.

Mama insistía en vestir a Beatrice con blancos virginales y pasteles discretos, un hecho que nunca le había molestado antes.

Pero ahora—ahora tenía a alguien a quien quería impresionar. Por una vez en su vida, le importaba su apariencia.

Beatrice siempre había sido bastante pragmática acerca de su sencillez. No le había molestado. Tampoco sus generosas curvas o su cabello apagado.

Pero el señor Brooks no la miraba como si fuera sencilla. Y parecía interesado en ella también. En lo que tenía que decir.

Para alguien que estaba acostumbrado a pasar desapercibido, ese era un sentimiento bastante novedoso.

Él había dicho que la visitaría, y Beatrice apenas había pegado ojo por eso.

Deseaba desesperadamente verse mejor de lo habitual. Quizás nunca alcanzaría lo impresionante o lo hermoso. Pero esperaba de corazón que lo bonito no fuera demasiado pedir.

Y, sin embargo, aquí estaba, rodeada de vestidos sencillos que no superaban su cabello sencillo y su rostro sencillo. Y eso la hacía más miserable de lo que debería.

Todo por un hombre que podría o no visitarla.

Sus pensamientos deprimentes se vieron interrumpidos por un golpe en la puerta que señalaba la llegada de Natalia, con los brazos llenos de materiales de colores brillantes.

—Recibí tu nota —bufó mientras lanzaba su paquete sobre la cama para añadir al desorden—. ¿Por qué necesitas todos mis chaquetas?

Beatrice saltó de un brinco y comenzó a revolver alegremente entre los tonos azules, amarillos y verdes de las chaquetas y abrigos de Natalia.

—Porque —dijo mientras presionaba una chaqueta color frambuesa contra su pecho y se giraba para estudiar su reflejo en el espejo—, ninguno de tus vestidos me queda.

Natalia frunció el ceño en confusión antes de que Beatrice se volviera para explicar.

—Yo... me encontré con el Sr. Brooks ayer después de que te fueras del pueblo.

El ceño de Natalia se transformó inmediatamente en una sonrisa mientras avanzaba y tomaba las manos de Bea, dejando caer la chaqueta al suelo.

—El Sr. Brooks es el apuesto desconocido, por supuesto. Eres una astuta —declaró—. Si lo hubieras puesto en tu nota, ¡hubiera venido aquí al amanecer! Cuéntame todo.

Beatrice se rio, sintiéndose emocionada ante el entusiasmo de Natalia.

Desde casi su primer encuentro en la escuela de Miss Fincham, Natalia había sido la que contaba las historias. Alta, rusa, imponente y exóticamente hermosa, Talia había sido confiada y traviesa a partes iguales.

Y así, Beatrice había jugado un papel secundario en las aventuras y peripecias de Natalia.

No le había importado. De hecho, lo había alentado. Estaba más que feliz sentada en los salones de bailes y fiestas, permaneciendo callada mientras Natalia encantaba a todos a su alrededor.

Incluso había mantenido la boca cerrada cuando Talia y Ben idearon su loca idea de un compromiso falso.

Pero esta vez —esta vez era Bea quien tenía la historia, Bea con las conversaciones secretas con un extraño misterioso.

Y había una parte de ella que se regocijaba en eso, incluso mientras se preocupaba por ello.

—Te contaré todo —se rio mientras Natalia intentaba arrastrarla para que se sentara—. Pero primero, necesito encontrar algo que ponerme. El Sr. Brooks, él —él dijo que podría visitarme y...

El grito de Natalia interrumpió a Beatrice mientras se levantaba de nuevo.

—Talia —se rio Bea—. Estoy bastante segura de que no es bueno para el bebé, todo este saltar. Ben me matará si cree que te estoy sobrecargando.

Natalia simplemente puso los ojos en blanco.

—Lo que él no sabe no le dará un ataque apoplético —declaró—. Ahora, prepárate para tu galán.

—¡No es mi galán, Talia! —objeto Bea, pero incluso ella podía notar que sus mejillas se estaban sonrojando con el placer que sentía.

—No va a venir —susurró Bea a Natalia algún tiempo después.

Estaban sentadas en el salón azul, la habitación favorita de Lady Fortescue cuando ella recibía visitas.

Habían tenido a sus visitantes habituales, la esposa del vicario y el magistrado. La nobleza local y viejos amigos.

Pero ningún hombre misterioso.

La Sra. Altmont estaba actualizando a mamá sobre los planes para el festival del Día de Mayo, dejando a Bea la oportunidad de susurrar con fervor a Natalia.

—Es temprano aún, Beatrice. Todavía podría llegar.

Beatrice suspiró y entrelazó las manos.

Se sentía tonta.

Se había dejado arrastrar por el entusiasmo de Natalia e Hilda. Se permitió creer que el hombre había estado interesado en lugar de meramente cortés.

Se había sentado pacientemente durante lo que parecían horas mientras Hilda le arreglaba el cabello.

Había probado vestido tras vestido, abrigo tras abrigo para conseguir la combinación adecuada en caso de que el Sr. Brooks sugiriera un paseo o incluso un paseo en su coche.

Y aunque Bea estaba agradablemente sorprendida con los resultados de los esfuerzos de Hilda y Natalia, no podía evitar sentir que todo era en vano.

—Me siento tonta —murmuró Beatrice con desánimo—. Quizás debería...

—Sir Edmund y el Sr. Brooks, mi lady.

La cabeza de Beatrice se levantó de inmediato cuando el mayordomo apareció con dos tarjetas en una bandeja de plata.

El rostro de mamá se frunció en una pequeña mueca de desaprobación. Todos estaban al tanto de los rumores sobre Sir Edmund. Pero no podía rechazar a un barón sin una razón sólida, y todos en la sala lo sabían.

—Por supuesto —Lady Fortescue inclinó la cabeza con majestuosidad—. Por favor, déjelos pasar.

Bea se volvió para mirar a Natalia, cuyos ojos azules brillaban con triunfo mientras extendía la mano y le apretaba la suya.

—Ahí está. ¿Lo ves? Sabía que, si el hombre tenía algo de sentido, vendría corriendo a verte. Ahora sonrío, querida. Ahí viene.

Ewan entró rígido en la habitación detrás de Edmund.

Sentía una extraña mezcla de aprensión y emoción.

Por mucho que deseara lo que había aceptado, no podía evitar querer ver a Lady Beatrice nuevamente.

Se inclinó ante Lady Fortescue y luego ante todos los demás presentes mientras se hacían las presentaciones.

Pero sus ojos la buscaban a ella.

Y cuando la encontró, sintió una oleada inesperada de deseo y, lo que era peor, afecto mientras ella le sonreía tímidamente, con las mejillas de un tono rosa muy halagador.

A medida que su mirada recorría su figura, se dio cuenta de que había algo diferente en ella.

Su vestido era de un blanco virginal, salpicado con pequeñas flores de algún tipo. Ewan no podía decir qué tipo eran, pues su atención estaba fija en donde el escote caía en un corte bajo, aunque no indecente. Podría no ser indecente, pero lo que insinuaba lo hacía pensar en todo tipo de cosas indecentes.

Sus ojos estaban tan abiertos y brillantes como siempre, luciendo más verdes que cualquier otro color a la luz del sol que entraba por la ventana detrás de ella.

¡Era su cabello! Eso era.

Antes, lo había llevado recogido de manera desordenada o escondido bajo un sombrero.

Pero hoy lo tenía recogido en un montón de suaves rizos, exponiendo la delicada piel de su cuello y permitiéndole ver su rostro realmente.

Ayer había pensado que su primo había sido algo cruel al decir que ella era poco atractiva. Hoy podía ver que Edmund estaba simplemente equivocado.

Ella era encantadora. Delicada, pura y lo suficientemente bonita como para hacerle latir el corazón con fuerza.

—Ah, Natalia Trafford, la Condesa de Staunton. Ahora, ahí hay una dama por la que un hombre iría muy lejos. Lástima que se casara con Staunton —susurró Edmund mientras se inclinaba ante Lady Fortescue.

—Me sorprende que dejes que la santidad del matrimonio te detenga —siseó Ewan mientras observaba a la dama de cabello negro que conversaba suavemente con Lady Beatrice.

Edmund se rio desdeñosamente a su lado.

—Me conoces lo suficiente como para saber que no lo haría. Pero no sirve de nada. La chica está locamente enamorada de su esposo. Y por mucho que no me guste Staunton, no soy lo

suficientemente estúpido para enfrentarlo. Ciertamente no cuando se trata de su esposa.

Lo deplorable de su primo no conocía límites.

Ewan, decidiendo que ya había escuchado suficiente de Edmund, se acercó a Lady Beatrice y su amiga.

Ya sus mejillas comenzaban a enrojecer, y sintió el impulso loco de alargar la mano y acariciar la suave superficie de su piel satinada.

—Lady Beatrice —hizo una reverencia, sin atreverse a tomar su mano. Aunque, si iba a interpretar el papel de seductor y sinvergüenza, tal vez debería hacerlo—. Se ve notablemente bien esta tarde.

Ella alzó la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos e inocentes. No había notado antes lo gruesas y largas que eran sus pestañas. Era muy desconcertante.

Mientras la observaba, su amiga le dio un empujón nada sutil.

Ewan no pudo contener la sonrisa cuando Beatrice soltó un chillido, como un ratón sorprendido, antes de lanzar una mirada furiosa a su compañera.

Podría ser tímida, pero sospechaba que la gatita tenía garras escondidas en alguna parte.

—Natalia, ¿puedo presentarle al señor Brooks, recién llegado de la India? Señor Brooks, Lady Staunton.

Ewan se volvió para inclinarse ante la condesa, que lo miraba con especulación.

Sus ojos eran sorprendentemente azules, como el lago en las tierras escocesas de su padre durante un crudo invierno.

Sus pómulos eran altos, sus labios rojos y carnosos, y su cabello negro destacaba en una habitación llena de colores más suaves y delicados.

En resumen, su reputación de belleza estaba bien merecida.

Y, sin embargo, no podía mantener su atención por mucho tiempo.

Ewan se sintió más atraído por la pequeña morena a su lado, cuyos labios eran más rosados y mucho más interesantes.

Antes de que pudiera decir una palabra a cualquiera de las dos, su primo se acercó a él, casi empujándolo.

—Lady Beatrice —hizo una reverencia rígida antes de volverse hacia la condesa y tomar su mano—. Lady Staunton, me alegra tanto verla de regreso en nuestro pequeño pueblo. Y si me permito ser tan atrevido, su presencia ha añadido una belleza y gracia inigualables. De hecho, su belleza me deja sin palabras.

Ewan no pudo evitar poner los ojos en blanco mientras su primo se inclinaba sobre la mano de la dama.

Vio que Lady Beatrice hacía lo mismo, y compartieron una sonrisa cómplice. Le gustaba que no estuviera impresionada por la demostración de Edmund.

Ni, al parecer, la condesa.

Lady Staunton retiró su mano y arqueó una ceja.

—Para alguien que está sin palabras, parece que tiene mucho que decir, Sir Edmund.

Edmund se irguió de inmediato; con sus mejillas enrojecidas por lo que Ewan sabía sería ira.

La condesa parecía maravillosamente despreocupada por los sentimientos de Edmund.

La mandíbula de Lady Beatrice cayó mientras sus ojos iban de Edmund a su amiga. Parecía preocupada e incómoda, y Ewan sintió la necesidad de acudir a su rescate.

—Mi lady —rompió el tenso silencio y habló directamente a Lady Beatrice—. Tenía en mente dar un paseo por el río esta tarde. Me han dicho que es un buen lugar para encontrar ramas y flores para el Día de Mayo. ¿Puedo pedirle que me acompañe y me preste su experiencia?

Una vez más, ella permaneció en silencio, simplemente mirándolo. Le hacía sentir como un lobo hambriento acechando a una inocente cierva.

Y, de nuevo, su amiga la empujó para que reaccionara.

—Oh, yo... yo lo haría. Es decir, estaríamos encantadas de acompañarlo —dijo con dificultad.

—¿Necesita una acompañante, verdad? —se burló Edmund, y el temperamento de Ewan se encendió ante la petulancia de su primo.

—Me sentiría honrado de contar con su compañía, Lady Staunton —dijo a la dama, para disculparse por la falta de modales de su primo.

—Gracias, señor Brooks.

—Entonces, ¿por qué no voy yo también? —intervino Edmund, habiéndose recuperado de su humillación y volviendo a fijar su mirada en la condesa de manera descaradamente lasciva.

—Qué gran idea. ¿Adónde vamos? —dijo una voz detrás de los caballeros.

Delante de ellos estaba un hombre que igualaba a Ewan en altura y complexión, algo que no veía con demasiada frecuencia. Supuso que era el conde, dado que había visto al mismo caballero con Lady Beatrice el día anterior.

Aunque parecía que el conde había dirigido la pregunta al grupo, sus ojos dorado-ámbar estaban fijos en Edmund.

—Staunton. Me alegra verte —murmuró Edmund, con su arrogancia aparentemente desvanecida. Lord Staunton observó a Edmund durante varios segundos antes de volverse hacia su esposa, ignorando por completo el saludo del barón.

—¿Te vas de paseo, querida? —preguntó, con un tono y expresión que se suavizaron completamente al mirar a su esposa.

—Todos vamos a caminar al río. El señor Brooks le pidió a Bea que lo acompañara.

De repente, Ewan se encontró con la intensa mirada dorada del conde.

—¿Señor Brooks, dijiste? —preguntó el conde. Su tono era lo suficientemente amable, pero había un hilo de acero en él.

—Sí, el señor Brooks —intervino Natalia, adelantándose y colocando una mano en el brazo de su esposo—. ¿Estás libre para acompañarnos?

El toque de su esposa pareció tener un efecto inmediato en el conde, quien le sonrió.

—Me haré tiempo libre —le guiñó un ojo—. Vámonos entonces.

Lady Fortescue estaba encantada de dar permiso a Beatrice para su paseo, especialmente con Natalia y, más importante aún, Ben, acompañándolos.

Las doncellas se apresuraron a buscar chaquetas, sombreros y guantes para exteriores, mientras los hombres se despedían de Lady Fortescue y sus invitados.

Finalmente salieron al brillante sol de la tarde, donde Lord Staunton se volvió para dirigirse a Edmund.

—No queremos retrasarlo de lo que estoy seguro será una tarde ocupada, Sir Edmund —dijo, una vez más, con ese tono firme—. Estoy seguro de que su primo puede encontrar el camino de regreso solo.

Giró sobre sus talones y se alejó, con el brazo de su esposa asegurado en el suyo.

Ewan sonrió ante la expresión de disgusto de Edmund y ofreció su brazo a Lady Beatrice, quien colocó su mano con delicadeza sobre su codo.

Le sorprendió lo mucho que esperaba disfrutar de un tranquilo paseo campestre con la dama.

Pero cuando se volvió para despedirse de su primo, la expresión calculadora de Edmund fue suficiente para apagar su entusiasmo.

No olvides lo que estás haciendo aquí, pudo casi oír la voz de Edmund en su mente.

Sin una palabra más, ni siquiera una reverencia hacia la dama, Edmund se apresuró en la dirección opuesta.

Capítulo Seis

Beatrice intentó reprender a su corazón para que se comportara, pero no sirvió de nada.

Aparentemente, no se necesitaba mucho para enviar al órgano al caos. El simple roce del fuerte y musculoso brazo del señor Brooks bajo sus dedos era suficiente, por ejemplo.

No pudo evitar suspirar de alivio cuando Sir Edmund se alejó a pasos pesados, dejando a Beatrice y al señor Brooks completamente solos.

Ben y Natalia ya se habían adelantado, y por la apariencia de las cosas, Natalia estaba arrastrando a su marido a un ritmo más rápido del que él estaba dispuesto a seguir.

Debería recordar agradecerle a su amiga más tarde.

La grosería de Sir Edmund no había molestado a Beatrice. Tampoco el hecho de que se deshiciera en atenciones hacia Natalia mientras la ignoraba a ella. Estaba acostumbrada a eso.

Le preocupaba, cuando el señor Brooks había entrado en la sala, que viera a Natalia y que Beatrice pasara a un segundo plano.

Y, sin embargo, la forma en que la miraba, la sonrisa que le dedicaba —la hacía sentir como si fuera la única que él viera. La única con la que quería estar.

—Pido disculpas por la grosería de mi primo, milady —dijo ahora el señor Brooks, sacando a Beatrice de su agradable ensoñación—. Su comportamiento fue imperdonable.

Beatrice sacudió la cabeza.

—No tiene razón para disculparse —dijo suavemente, mirando hacia arriba para estudiar su perfil fuerte—. No ha hecho nada malo.

Se sorprendió al ver cómo se le tensaba la mandíbula ante sus palabras, como si lo hubieran molestado o enojado.

—Realmente, señor Brooks —se apresuró a asegurarle—. No me ha perturbado en absoluto.

Él giró la cabeza para mirarla, sus ojos clavados en los suyos, como si pudieran ver a través de ella.

—Es muy amable, milady. Pero merece algo mejor. Mucho mejor.

Beatrice frunció el ceño en confusión ante sus palabras. Ante el sentimiento de desánimo que parecía envolverlo mientras caminaban.

Es cierto que no lo conocía bien, o en realidad nada, pero parecía una persona jovial. Y aunque Sir Edmund había sido un poco grosero, su comportamiento ciertamente no justificaba tal reacción.

No estaba muy segura de qué hacer o decir para levantar la atmósfera repentinamente sombría.

Mordiéndose el labio, miró adelante para ver que Natalia prácticamente había salido corriendo, dejándola atrás.

Solo unos momentos antes, Beatrice habría estado encantada con la determinación de su amiga para dejarlos a ella y al señor Brooks prácticamente a solas. Ahora, sin embargo, deseaba tener a Natalia y a Ben allí para esconderse, como solía hacer.

Un suspiro repentino del caballero a su lado hizo que volviera la mirada hacia él.

—¿Está bien, señor Brooks? —preguntó tímidamente—. Si desea regresar...

Él se detuvo de repente y se volvió para mirarla.

Para entonces, Natalia y Ben se habían convertido en puntos lejanos en la distancia.

Beatrice lo miró con una medida de aprensión.

Sus ojos la recorrían, desde la chaqueta color frambuesa prestada hasta las botas de cuero y de

vuelta hasta la parte superior de su gorro de paja.

Una llama repentina y ardiente iluminó sus profundos ojos azules mientras su mirada chocaba con la de ella.

—No deseo regresar —dijo suavemente—. No quiero estar en ningún otro lugar que no sea aquí. Con usted.

El corazón de Beatrice latió con fuerza ante sus palabras, y sus malditas mejillas. ¡Podía sentir cómo se calentaban y sabía que debían estar sonrojándose furiosamente!

—¿R...realmente... quería encontrar dónde juntar para los ramos para el Día de Mayo? —fue lo primero, bastante idiota, que Beatrice pudo pensar para romper la tensa atmósfera que los rodeaba.

La sonrisa que él respondió hizo que le faltara el aliento. Era tan hermosa. Una forma extraña de describir a un hombre tan abiertamente masculino, pero no podía pensar en otra palabra para describirla.

—No realmente —confesó, sus ojos brillando de manera traviesa—. Pero fue lo primero que se me ocurrió para estar a solas con usted.

Debería haberse escandalizado. Quizás incluso asustarse. En cambio, estaba fascinada. Por su entusiasmo juvenil. Su sonrisa. Su mandíbula. Su aroma.

Beatrice olvidó respirar hasta que se sintió mareada.

—No estamos solos —logró decir, pero cuando ambos miraron hacia el sendero, Natalia y Ben ya habían desaparecido. Natalia debía estar usando todo su arsenal para hacer que Ben los dejara a solas.

—Me gusta esta amiga suya —dijo el señor Brooks en voz baja.

El estómago de Bea se hundió ante sus palabras. Todas sus inseguridades, todos sus sentimientos de invisibilidad chocaron contra ella de una vez.

Por supuesto.

Por supuesto, le gustaba la hermosa, notoria y llamativa Natalia.

No a la tímida, débil, sumisa y sencilla Beatrice.

Bajó los ojos hacia el sendero de tierra, intentando evitar que se le llenaran de lágrimas.

No podía llorar delante de él. No lo haría.

Encontraría alguna excusa para irse, luego se escabulliría como un ratón y lamería sus heridas en privado.

—Sí, Natalia es maravillosa —logró decir Beatrice, aunque un poco ronca—. Todos la adoran.

Respirando hondo, Bea se preparó para irse, cuando de repente su dedo estaba debajo de su mentón, guiando suavemente sus ojos para encontrarse con los suyos.

Él tenía una expresión de ternura que hizo que el corazón de Bea se retorciera.

—La aprecio porque ha encontrado la manera de alejar a su vigilante primo —dijo suavemente—. Y darme la oportunidad de estar con usted. A solas.

Beatrice no podría haber descrito lo que le ocurrió en ese momento.

Toda su vida había sido tranquila. Buena. Obediente. Nunca llamando la atención. Nunca haciendo o diciendo nada que pudiera causar siquiera un susurro de escándalo.

Así que, nunca en un millón de años hubiera pensado que de repente se elevaría sobre la punta de los pies y presionaría sus labios contra los suyos.

Nunca habría pensado que envolvería sus brazos alrededor de su cuello y acercaría su cuerpo al de él.

Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo.

Ewan sintió un momento de puro asombro antes de que el deseo abrasador se encendiera dentro de él.

Nunca había sentido la llama del deseo arder tan rápidamente o con tanta intensidad antes.

Había estado retorcido en nudos de culpa desde que la había visto en la casa de su madre. Sus sentimientos oscilando entre el remordimiento por lo que había acordado hacer, y esta necesidad desconcertante de estar cerca de ella. Esta atracción inexplicable que sentía hacia ella.

Todo lo que estaba diciendo sabía que debería estar diciéndolo para seducirla. Sin embargo, era todo cierto.

La noche anterior había soñado con su suave sonrisa, sus enormes ojos avellana.

Esa mañana, se había sorprendido por la belleza de su rostro que no había visto realmente antes.

Pero ahora. Ahora que sus brazos estaban alrededor de su cuello, ahora que podía sentir cada curva deliciosa y generosa de su cuerpo presionada contra el suyo, todos los pensamientos de culpa y todo lo demás desaparecieron. Barridos por una ola de anhelo puro y potente.

Sus instintos tomaron el control de Ewan, y tomó el control del beso.

Con un insulto ahogado contra sus labios, rodeó su cuerpo con los brazos, acercándola aún más y profundizando el beso.

No había planeado esto, por supuesto. Ella era inocente en todos los sentidos de la palabra. Pero él estaba más allá del pensamiento racional. Más allá de notar algo que no fuera ella.

Deslizó su mano hacia sus caderas y la empujó cada vez más cerca de la evidencia de su necesidad.

Y cuando ella jadeó ante la sensación, aprovechó para profundizar el beso, invitando a su lengua a bailar con la suya.

Ella se aferró a él, con sus delicados dedos hundiéndose en su cabello, y sus pequeños gemidos volviéndolo loco.

Una pequeña parte de su cerebro, que no estaba atrapada en la sensación de su cuerpo exuberante, o la plenitud de sus labios, o el calor de su boca, sabía que no debía estar haciendo esto.

A plena luz del día. En un camino por donde cualquiera podría pasar.

Ella sería arruinada...

El pensamiento fue como un cubo de agua helada derramado sobre él, enfriando su ardor y despertando su vergüenza.

¿No era eso con lo que había acordado? ¿No había acordado arruinarla y luego huir para que Edmund pudiera tomarla, tratarla como mercancía estropeada y apoderarse de su dinero?

A Ewan nunca le había gustado el plan, lo había odiado aún más después de conocerla.

Pero ahora, sosteniéndola en sus brazos así, sabiendo lo que era besarla, su culpa era exasperante.

Apartó su boca de la suya, respirando con dificultad, su cabeza dando vueltas, aún intoxicado con el aroma floral de ella, el sabor dulce de sus labios.

Cálmate, maldito, se dijo con firmeza.

Y luego cometió el error de mirarla.

Ella seguía en el círculo de sus brazos, y maldita sea si no parecía que perteneciera allí.

Y esos ojos... estaban vidriosos y llenos de tal asombro que Ewan sintió el tirón más extraño en su corazón.

¿Cómo pudo haber pensado que ella era simplemente bonita, o encantadora, o por el amor de Dios... ‘no sencilla’?

Ella era hermosa. La cosa más hermosa que había visto jamás.

No podía hacer esto.

No podía herirla.

Y no podía seguir besándola como si tuviera derecho.

Lentamente, levantó las manos de su cuello, manteniéndolas en las suyas. Se sentían pequeñas y delicadas en las suyas.

Su respiración era entrecortada, pero la de él también.

—Mi señora —dijo suavemente—. Beatrice, yo—

—¡Mira, cariño! ¡Una ardilla!

Un grito femenino repentino rasgó el aire, haciéndolos separarse el uno del otro.

—¿La ves?

Quien sea que fuera, estaba gritando a todo pulmón.

—¡Una ardilla en el árbol en el camino donde dejamos a Beatrice y al Sr. Brooks! El camino por el que ahora estamos regresando.

A pesar de la situación seria en la que se encontraban, Ewan no pudo evitar sonreír al darse cuenta de que la voz pertenecía a Lady Staunton, quien estaba haciendo el trabajo más poco sutil que había presenciado al advertirles que ella y su esposo estaban de regreso.

Miró a Lady Beatrice y, para su alivio, ella se rio, sacudiendo la cabeza ante las travesuras de su amiga.

Ewan había temido que ella se desmayara, llorara o lo abofeteara.

Aunque habría valido la pena. Besarla. Incluso ahora, con sus pensamientos girando y su honor en peligro, no podía evitar desearla.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera moverse, el conde y la condesa aparecieron en una curva del camino.

—Ahí estás —dijo Lady Staunton—. ¿Lo ves, cariño? Él no ha huido con ella.

La señora era incorregible. Puso los ojos en blanco a su esposo, que observaba a Beatrice y a Ewan de cerca, con una mueca en el rostro.

—Ella está perfectamente segura —continuó la condesa, deteniéndose frente a ellos y mirándolos especulativamente—. Olvidas que es mediodía. Apenas es el momento para citas secretas.

—Hmm —el conde dirigió sus ojos vigilantes hacia su esposa, el repentino calor en ellos era incómodo de presenciar, en opinión de Ewan.

—Y tú olvidas que soy bien consciente de lo que alguien puede hacer en un bosque a mediodía, si está suficientemente motivado.

La dama se sonrojó ante las palabras de Lord Staunton, y los ojos de Ewan se desviaron hacia los de Lady Beatrice.

Ella también estaba sonrojada, mirándolo, y... Dios lo ayude, mordiendo el labio que él acababa de besar. Le tomó toda su fuerza no extender la mano y volver a abrazarla, que se jodieran los testigos y las consecuencias.

Pero, por supuesto, no podía.

Y no lo haría.

Haciendo una demostración de sacar su reloj, Ewan fingió sorpresa por la hora y se excusó, alegando un compromiso olvidado.

—Buen día, mi lord, mi lady —hizo una reverencia a la pareja, notando el ceño fruncido de desconfianza del conde y la sonrisa conocedora de la condesa.

Girándose hacia Lady Beatrice, no pudo evitar tomar su mano. Solo necesitaba tocarla, por tonto que fuera.

—Buen día, mi señora —dijo suavemente, inclinándose y presionando un breve beso contra su

guante—. Hasta mañana.

—¿Qué pasa mañana? —oyó preguntar a la condesa. Realmente una demanda, mientras él se alejaba de prisa.

—No... no estoy del todo segura —respondió Lady Beatrice, y podría haber sido un pensamiento iluso, pero Ewan pensó que detectó emoción en su tono.

Capítulo Siete

—Llega tarde.

Beatrice hizo una mueca al escuchar la voz de Monsieur Bisset resonar por la sala.

Para alguien que le había hecho la reprimenda por nunca elevar la voz más allá de un tono suave y melódico, ciertamente sabía cómo gritarle a una persona.

Sin embargo, no estaba equivocado. Ella llegaba tarde.

No había podido dormir una sola pizca en las últimas noches.

Luego de que el Sr. Brooks se hubiera ido precipitadamente el día de su paseo, Natalia prácticamente había arrancado a Beatrice de su lugar, arrastrándola de vuelta a la casa para que pudieran encerrarse y tener una charla íntima.

Incluso mientras le contaba a Natalia cada pequeño detalle de su encuentro con el Sr. Brooks, Bea todavía no podía creerlo del todo.

¡La habían *besado*! Y no un beso casto en el anuncio de un compromiso, como correspondía a una joven de la alta sociedad.

No, había sido un verdadero beso. Un beso apasionado, que sacudió la tierra, romántico, escandaloso en el bosque. Algo digno de una de sus novelas, incluso.

Natalia había estado en éxtasis, por supuesto. Y Beatrice también lo había estado. No solo porque finalmente tenía su propia maravillosa historia que contar, sino porque sabía, por más loca que fuera la idea, que estaba cayendo rápidamente, cabeza sobre talón, enamorada de su hombre misterioso.

Incluso después de que Natalia y Ben se hubieran ido a la casa de la tía de Natalia, Beatrice había pensado en ello.

Y desde entonces, cada vez que intentaba dormir, pensaba en ello.

No podía creer las sensaciones que él había evocado en ella cuando envolvió esos brazos increíblemente fuertes a su alrededor. La había hecho sentir delicada, femenina y hermosa. Cosas que nunca había sentido antes.

Tampoco había experimentado antes el delicioso y pecaminoso calor que se desplegaba en su vientre mientras su lengua danzaba con la de él y su gemido atormentado retumbaba contra su pecho.

Él la había visitado todos los días desde entonces. Habían salido a montar en su finca. Habían tomado su carruaje para dar un paseo por el pueblo. Habían paseado de brazo en brazo por los jardines amurallados de su casa.

Por supuesto, siempre había algún tipo de acompañante presente. Ben había insistido en que él y Natalia se unieran a ellos en la tarde de su paseo, y ninguno de los trucos de Natalia parecía funcionar para hacerlo alejarse de observarlos.

E Hilda los había acompañado en todos los demás paseos.

No habían tenido la oportunidad de besarse desde esa primera vez. Pero a medida que pasaban los días y la confianza de Beatrice crecía, también lo hacía su determinación.

Quería otro beso. Y se iba a asegurar de obtenerlo.

—Mi lady, realmente.

El sonido irritado de protesta de Monsieur Bisset hizo que la mente desenfrenada de Beatrice volviera a la tarea en cuestión. Es decir, aprender cómo tener una temporada exitosa.

Ahora, más que nunca, Londres carecía de cualquier atractivo.

Beatrice podría ser una inocente, pero sabía, con una certeza que no podía explicar, que lo que había sucedido entre ella y el Sr. Brooks no era una ocurrencia cotidiana.

La mayoría de los matrimonios en la alta sociedad eran alianzas políticas o financieras. Algunos eran matrimonios de amor, por supuesto.

Pero el fuego que ardía entre ella y el Sr. Brooks... Eso no podía ser común.

Era similar al amor casi tangible que rodeaba a Natalia y Ben. Sus sentimientos el uno por el otro, su atracción mutua, era palpable. Siempre lo había sido, incluso cuando se habían despreciado, se escondía bajo la superficie.

Beatrice nunca pensó que tendría la suerte de experimentar algo así para sí misma.

Sin embargo, lo había hecho.

Y sabía que nadie en Londres; ni un conde, ni un duque, ni siquiera un príncipe, la haría sentir una fracción de lo que sentía en los brazos del Sr. Brooks.

Mientras Monsieur Bisset seguía hablando y hablando, diciéndole cosas que ya había escuchado cientos de veces, la mente de Beatrice corría.

En unas pocas semanas, mamá los arrastraría a Londres, decidida a exhibir a Beatrice hasta que alguien sintiera lástima por ella y se casara con ella.

Sería humillante, por supuesto. Siempre lo era.

El año pasado había sido aún peor porque Natalia y Ben estaban en Rusia con su familia, y Bea nunca se había sentido tan sola.

Pero este año, ¿cómo podría ir y permitir que mamá buscara un esposo para ella, cuando su corazón estaba realmente en camino de pertenecer a otro?

—Lady Beatrice, debo insistir en que me preste atención, *s'il vous plaît*.

Beatrice murmuró una disculpa y se esforzó por al menos pretender estar escuchando a su tutor de francés.

Pero su mente no permanecía quieta. Insistía en viajar directamente al lugar al que su corazón había ido antes que ella.

Ambos estaban firmemente enfocados en el Sr. Brooks y en los sentimientos mágicos que él había despertado en ella

—No lo haré. Me voy hoy. Iré a Escocia y ayudaré a mi padre a resolver algo. Encontraré alguna manera de devolverte el dinero de inmediato. Solo necesito un par de semanas.

Ewan encontró un placer perverso en ver el estremecimiento de Edmund al abrir las cortinas del dormitorio y llenar la habitación húmeda de luz.

El hedor a alcohol rancio impregnaba el espacio, así que abrió la ventana para airear un poco.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñó Edmund, esforzándose por incorporarse.

Afortunadamente, estaba solo en la cama esa mañana.

Ewan no creía que hubiera soportado nada más.

—Te dije, me voy. Vine a despedirme y decirte que tendrás tu dinero para fin de mes.

Toda la semana se había encontrado incapaz de dormir, pensando en este miserable plan y en lo que haría con Beatrice. Se había sentado y había estado dándole vueltas a esta situación en la que se encontraba.

De acuerdo, eso no era del todo cierto, admitió. La mayoría de sus noches las había pasado reviviendo el beso con la sorprendente señorita que de alguna manera logró darle la vuelta a su mundo.

No podía llevar a cabo el plan de Edmund. Lo había esperado difícil, pero ahora era imposible.

No solo no iba a tratar a Beatrice de manera tan abominable, el infierno se congelaría antes de

que la condujera a las garras de su primo, como un cordero al matadero.

La mera idea de las manos de Edmund sobre ella hacía que Ewan se sintiera homicida. No solo porque su primo era un completo bastardo, sino porque sus celos ante la idea de que alguien la tocara era como una cosa viva, deslizándose por sus venas.

Qué maldito desorden había hecho.

Pero estaba decidido a arreglarlo.

Aunque la idea de irse para siempre y no volver a ver a la dama causara la sensación más extraña en su pecho, no se quedaría y sería usado como una pieza de ajedrez para destruirla.

Y no se quedaría solo para disfrutar de su compañía, por mucho que quisiera, porque no la merecía. No después de lo que había aceptado hacer.

Así que su única opción era irse.

Edmund había salido de la cama tambaleándose y se había envuelto en una bata.

Ewan observó con evidente disgusto cómo su primo se acercaba a una mesa, vertía una generosa medida de brandy en un vaso y lo bebía de un solo trago.

—Me temo que no vas a ir a ninguna parte, primo —dijo Edmund con desdén, estrellando el vaso vacío sobre la mesa antes de girarse para enfrentar a Ewan.

—¿Crees que puedes detenerme? —preguntó Ewan con suavidad, su voz sin rastro del furioso enfado que burbujeaba en su interior.

—Oh, no puedo detenerte —se encogió de hombros Edmund—. Pero sé que no te irás.

—¿Y por qué es eso?

Ewan odiaba jugar a estos juegos tontos. Pero Edmund tenía todas las cartas, y ambos lo sabían.

—Porque mi carta viajará mucho más rápido que tú, Ewan. Y si no ves esto hasta el final, para cuando llegues a Escocia, tus padres estarán en la calle. Sin un penique y sin un techo sobre sus cabezas. Tengo contactos en Escocia que se encargarán de su desalojo, y no son precisamente conocidos por su trato gentil.

Ewan apretó la mandíbula contra cada insulto que quería lanzar a la pequeña y cobarde comadreja frente a él.

Pero no podía perder la compostura y tocar a su primo. Había demasiado en juego.

—No me importa —mintió, negándose a dejar que Edmund lo provocara—. Mi padre es un hombre sensato. Estará bien hasta que yo llegue.

Edmund simplemente se rio.

—¿Dejarías a tu padre enfermo y a tu pobre madre abatida a su suerte hasta que llegues? No lo creo. ¿Con toda esa integridad y sentido de obligación que posees?

Ewan apretó los puños, apretándolos para no agarrar a su primo y darle un golpe en la maldita nariz.

—No, verás esto hasta el final. Porque no te daré un par de semanas para hacer nada. ¿Por qué conformarse con que devuelvas lo que el viejo debe, cuando puedo obtener toda esa hermosa moneda Fortescue?

Ewan se obligó a tomar una respiración calmante. No lo mostraría por fuera, pero se sentía absolutamente impotente.

Porque su primo tenía razón. Edmund podría hacer un daño incalculable a sus padres antes de que Ewan siquiera lograra cruzar la frontera.

Aun así, no podía, no quería traicionar a Beatrice de una manera tan imperdonable.

Su única opción era intentar razonar con Edmund. Apelar a su buen corazón, si es que podía encontrar uno.

—Edmund, sabes que en menos de un año tendré más que suficiente para saldar las deudas de mi

padre. Además, ...haré que te entreguen su propiedad cuando él muera. Puede nombrarte heredero.

Casi le mata hacer tal oferta. Aunque había pasado los últimos años en India, Escocia era su hogar. Siempre había asumido que regresaría a la casa en la que creció, donde pasó una juventud feliz, exitoso y listo para expandir las tierras agrícolas, mejorar la casa, construir su imperio.

Entregarlo al mercenario Edmund, ver cómo se destruía el legado de su padre por codicia y vicio. Dolería como el demonio.

Pero herir a Beatrice lo mataría.

Así que no había opción en el asunto.

Su oferta fue recibida con silencio mientras Edmund lo observaba con especulación.

Ewan casi podía escuchar los engranajes girando en la cabeza borracha de su primo.

—Es una oferta bastante buena, Ewan. Incluso desesperada.

Ewan simplemente esperó, con el rostro impassible, la respuesta de Edmund.

Era una oferta considerable. Uno sería loco por rechazarla.

—Me pregunto por qué la haces ahora.

Edmund se acercó a Ewan y lo miró a los ojos, como si encontrara la razón en sus profundidades.

Ewan se mantuvo estoico.

—¿Un ataque renovado de conciencia, quizás? —Edmund seguía provocando, pero Ewan no le daría la satisfacción de romper.

Quería nada más que estampar su puño en la cara de Edmund, pero no podía arriesgarse a enfurecerlo y que llamara a su padre para cobrar la deuda.

—¿No tienes los cojones para ver esto hasta el final, Ewan? —continuó Edmund con una sonrisa. —¿O... —sus ojos se estrecharon de repente—. ¿O es que la chiquilla te ha calado?

Ewan apretó la mandíbula, aferrándose a su temperamento con el mínimo de hilos.

La risa de Edmund le raspaba el último nervio.

—Eso no puede ser. Esa aburrida chiquilla, no vale la pena dar un penique por ella, mucho menos...

El insulto de Edmund se cortó cuando el puño de Ewan se estrelló contra su cara.

Edmund cayó al suelo en un torpe bulto mientras la sangre brotaba de su nariz.

—Me has roto la maldita nariz —gritó mientras se tapaba la herida.

Pero a Ewan le importaba un bledo. Las crueles palabras de Edmund sobre Beatrice habían roto el último vestigio de control sobre su temperamento, y encontró un inmenso placer en sentir los huesos de Edmund crujir bajo su puño.

Todavía atrapado en la niebla roja de su furia, Ewan arrastró a Edmund de vuelta a sus pies.

—No vuelvas a hablar de ella así —gruñó—. No haré esto con ella. Ni ahora. Ni nunca.

Los hombres se miraron con furia antes de que Edmund dejara caer la mano. Su cara estaba hecha un desastre, cubierta de sangre y ya hinchada.

Sin embargo, sonreía.

—Oh, Ewan, ¿qué has hecho? —se burló. —No me digas que te has enamorado de la chica.

Ewan soltó a Edmund, enviándolo, tambaleándose hacia atrás.

—Mira los aspectos positivos —continuó Edmund mientras el corazón de Ewan latía dolorosamente—. Esto solo ayudará a que tu actuación sea más creíble.

—¿De qué diablos estás hablando? —gruñó Ewan.

—Déjame ser muy claro —dijo Edmund, mordiendo las palabras—. Si no ves esto hasta el final, encontraré a alguien más que lo haga. Hay muchos hombres que disfrutarían la oportunidad de levantar una falda, sea cual sea. No son precisamente el tipo que se aceptaría en reuniones

educadas, pero estoy seguro de que podríamos arreglar un paseo por un callejón o algo así.

Ewan sentía náuseas con las palabras viles de Edmund y se lanzó hacia él de nuevo, pero Edmund se apartó.

—Pero si me veo obligado a contratar ayuda, me aseguraré de contarle a la dama todo sobre tu participación primero, por supuesto —continuó—. Así que, ¿qué será? ¿Prefieres fingir que la arruinas, o consigo a alguien que lo haga realmente?

Capítulo Ocho

—He tomado una decisión.

Natalia levantó la vista de su libro ante el repentino anuncio de Beatrice.

Beatrice ni siquiera se había molestado en llamar a la puerta de la casa de la tía de Natalia, sabiendo que Natalia siempre leía en ese salón después del desayuno.

—Buenos días para ti también —Talia sonrió mientras Beatrice se apresuraba hacia su amiga.

Bea se sentó en el asiento junto a la ventana, al lado de Natalia, y luego se giró para enfrentar a su querida y más antigua amiga.

—Me voy a casar —anunció.

Natalia se quedó congelada por un momento antes de soltar un grito agudo y saltar de pie.

—¡Bea! —exclamó—. Dios mío, esto es *maravilloso*. ¡Lo sabía! Sabía que por la forma en que te miraba, estaba completamente enamorado.

Arrastró a Beatrice hasta levantarla y la abrazó con fuerza.

—Cuidado con el bebé —protestó Bea, riendo.

—¿Cómo te propuso? —preguntó Talia, ignorando la preocupación de Bea. Saltó de nuevo al asiento y arrastró a Beatrice con ella—. ¿Fue terriblemente romántico? ¿Lloraste?

—Natalia —Beatrice finalmente consiguió hablar—. Ewan, es decir, el señor Brooks no ha propuesto nada.

Natalia frunció el ceño, confundida.

—Pero ¿entonces con quién te vas a casar?

—Oh, planeo casarme con el señor Brooks —sonrió Beatrice—. Pero aún no lo ha pedido.

—No entiendo —Natalia sacudió la cabeza, sus rizos oscuros rebotando alrededor de su rostro.

—Es muy simple.

Beatrice estaba disfrutando de la situación ahora.

Si alguien podía ayudarla a llevar a cabo su plan, era su astuta mejor amiga.

—Mamá está decidida a llevarme a Londres. Y ya sabes cómo me siento respecto a la Temporada y todo lo que implica.

Suspiró profundamente y extendió la mano para tomar la de Natalia.

—No quiero ir, y Natalia, sé que nunca conoceré a nadie que me haga sentir lo que siento por Ewan.

Natalia sonrió a su querida amiga.

—Estás enamorada de él.

No era una pregunta, pero Beatrice asintió de todas formas.

—Si voy a casarme, quiero que sea con él. Y si puedo lograrlo antes de que comience la Temporada, mejor. Así que necesito tu ayuda.

—¿Para qué te cases?

—Exactamente —confirmó Beatrice—. O al menos estar comprometida, antes de mayo.

—Fácil —Natalia hizo un gesto con la mano, como si un matrimonio no tuviera importancia—. Con la forma en que ese hombre te mira, podrías tenerlo rogando por tu mano al final del baile de esta noche.

El estómago de Beatrice revoloteaba de emoción.

—Eso es otra cosa con la que necesito ayuda —dijo.

—Entonces, pongámonos a trabajar

Ewan estaba resguardado entre los árboles, sintiéndose más que un poco incómodo por estar en la oscuridad observando a Beatrice.

No había planeado asistir a las Salas de Asamblea esa noche. No después de su confrontación con Edmund.

Pero la reunión de esa mañana y cómo había terminado lo habían dejado más desgarrado que nunca.

Si se iba de la ciudad ahora, Edmund destruiría a su padre.

Si se quedaba y no ayudaba a Edmund con su codicioso y vil plan, Beatrice sería víctima de algo que ni siquiera podía imaginar sin sentir ganas de vomitar.

Si confesaba, aunque explicara que había cambiado de opinión, que no había sentido que tuviera otra opción, Beatrice lo odiaría para siempre. Nunca lo perdonaría.

Ewan intentó imaginar cómo sería su vida si nunca volviera a verla. ¿Realmente ella había causado tanto impacto en solo dos semanas como para que él sintiera que su mundo terminaría si no formaba parte de él?

Pero eso era exactamente lo que sentía.

Y ese sentimiento potente, aterrador y tierno que surgía en él cada vez que la veía —un sentimiento al que no quería ponerle nombre—, ¿cómo iba a lidiar con eso si nunca volvía a verla?

Sus pensamientos divagantes fueron interrumpidos por la llegada de un carruaje negro lacado con el escudo de Staunton, y su corazón comenzó a acelerarse.

Observó cómo un lacayo se apresuraba hacia la puerta con un escalón, luego se hacía a un lado para permitir que los ocupantes bajaran.

Primero apareció el conde de cabellos dorados, quien salió y de inmediato se volvió para ofrecer ayuda.

Una mano enguantada en satén blanco alcanzó la suya, pero no era Beatrice. Era Lady Staunton, quien lucía impresionante con una capa de un profundo azul marino.

Ella sonrió a su esposo, quien inclinó la cabeza y capturó su boca en un beso escandaloso, sin parecer importarle la abundancia de personas reunidas alrededor.

Ewan sintió un retorcimiento de envidia.

Se preguntó cómo sería tomar a Beatrice en sus brazos y besarla cuando quisiera.

Entonces no pudo evitar una sonrisa al imaginarse a la tímida y reservada Beatrice siendo lo suficientemente audaz como para besarlo a la vista de todos.

Sus mejillas se sonrojarían, y sus ojos se abrirían enormemente, como dos grandes charcos de verde, oro y marrón chocolate.

Mordería ese labio inferior que lo volvía loco, algo que hacía con frecuencia en su compañía.

Sus entrañas se tensaron al tiempo que su estómago se retorció.

Había estado en lo correcto al evaluar su vida esa mañana. Era un maldito desastre.

La condesa se hizo a un lado, y el conde volvió a extender la mano.

Ewan observó con atención, sintiéndose como un loco, desesperado por vislumbrar, aunque fuera un guante.

Unos dedos delicados, cubiertos de satén blanco, hicieron su aparición.

Tragó saliva cuando Lady Beatrice finalmente apareció, y el corazón que había estado acelerado de repente se detuvo en seco.

¿Cómo había podido pensar alguna vez que ella no era completamente perfecta? Era etérea. Todo lo que él podía desear. Todo lo que no podía tener.

Su cabello, una vez más, estaba libre de un sombrero y recogido en lo alto de su cabeza en rizos de color castaño sedoso salpicados de diamantes.

Algunos mechones caían sobre un hombro, rozando la piel expuesta de su clavícula y haciéndole pensar en todo tipo de cosas indecentes.

Definitivamente era un loco, pues estaba ahí sintiéndose celoso del cabello que acariciaba su esbelto cuello.

Solo podía ver destellos de su vestido debajo de la capa de seda esmeralda que llevaba, pero podía imaginar cómo caería tentadoramente bajo en el escote, cómo rozaría sus caderas y daría vislumbres de sus tobillos al caminar.

Ewan sacudió la cabeza con frustración.

Se estaba metiendo en un predicamento muy incómodo aquí.

Entonces, ¿qué hacer?

¿Debería simplemente marcharse ahora, dejarla a su suerte y esperar que Edmund estuviera mintiendo sobre arruinarla de verdad?

Después de todo, ese pensamiento no había cruzado la mente de Edmund hasta que se dio cuenta de que Ewan había empezado a preocuparse por ella.

¿O debería quedarse y vigilarla? Sabiendo que nunca podría tenerla, pero al menos evitando que Edmund destruyera su vida.

Ella miró a su alrededor, y Ewan sonrió al notar su evidente emoción.

Sin embargo, su sonrisa desapareció ante la repentina aparición de su primo a su lado.

Edmund hizo una reverencia a todo el grupo, y Ewan se alegró al ver que ninguno de ellos parecía contento con su compañía.

Pero su aparición le dejó las cosas claras a Ewan.

No había forma en el mundo de que fuera a quedarse allí y arriesgarse a que Edmund engañara a Beatrice o la llevara por mal camino.

Porque, aunque ella mereciera algo mejor que Ewan, ciertamente merecía algo mucho mejor que Edmund.

Capítulo Nueve

—Deja de inquietarte —susurró Natalia.

—Pareces mi madre —respondió Beatrice en un susurro.

Estaba asintiendo, sonriendo y respondiendo a los saludos a su alrededor.

Pero no podía concentrarse en nada. Sus ojos recorrían constantemente la sala, buscando a Ewan. Él había dicho que estaría allí, y ella estaba ansiosa por que las cosas comenzaran.

Natalia la había convencido de que lo único que necesitaba para conseguir una propuesta era un poco de tiempo a solas.

—Después de todo —dijo Natalia mientras decidían sobre la seda verde menta de Beatrice para el baile—, el pobre hombre no ha tenido un segundo a solas contigo. Pero tu doncella no estará en el baile, y sé que puedo distraer a Ben en un rincón oscuro de una sala de asambleas.

Beatrice se sonrojó ante las palabras sugestivas de Natalia, aunque no dudaba de las habilidades de su amiga. Sin embargo, dado que Ben era más como un hermano que un primo, prefería no pensar demasiado en esas cosas.

—¿Y si no viene? ¿Y si...qué tal si me equivoqué...?

—Lady Beatrice, Lady Staunton. Buenas noches.

Las damas se giraron al sonido de la voz detrás de ellas, y el corazón de Beatrice se inundó de una sensación de euforia.

Ewan estaba frente a ella, mirándola con esa sonrisa que la mareaba. Imposiblemente apuesto con su chaqueta negra y su cravat blanco como la nieve.

—Se ve notablemente bien esta noche, Lady Staunton. —Hizo una reverencia hacia Natalia antes de dirigir nuevamente su mirada a Beatrice.... Lady Beatrice. Hasta su voz se suavizó mientras la recorría con la mirada—. Está encantadora.

La respiración de Beatrice se detuvo. Le creía. Por primera vez en su vida, creía que era encantadora, al menos a sus ojos.

—¿Bailará el siguiente conmigo, mi lady? —preguntó.

Beatrice sonrió y asintió, sin confiar en sí misma para hablar.

Cuando tomó su brazo extendido y comenzó a caminar, Natalia le agarró el brazo libre y se inclinó para susurrarle urgentemente al oído.

—Haz que te lleve afuera a tomar aire después del baile —dijo—. Yo mantendré a Ben aquí.

Beatrice asintió y luego se unió a los bailarines que apenas se alineaban para una danza.

Se enfrentó a Ewan, con sus ojos entrelazados con los de él, sintiendo que eran las únicas dos personas en la habitación. En el mundo.

Los pasos del baile los acercaron y luego los separaron.

Cada vez que se acercaba a él, percibía el aroma a bergamota y menta que aceleraba su pulso y la hacía marear.

No intercambiaron más que unas pocas palabras durante la danza, pero a Beatrice no le importó. Disfrutaba soñando despierta con ser su esposa, llenar su casa con niños y pasar noches infinitas bailando con él, simplemente estando a su lado.

Solo había una mancha en la velada.

A mitad del baile, Beatrice notó que los hombros de Ewan se tensaban, y se volvió hacia donde estaban sus ojos, una mirada vacía y apagada en sus profundidades azules.

Cuando miró por encima de su hombro para ver qué había despertado su ira, vio a Sir Edmund

observándolos, con una extraña expresión de satisfacción en su rostro.

Beatrice no había indagado realmente sobre la relación de Ewan con su primo. Eran tan diferentes que no podía imaginar qué tipo de asuntos podrían tener en común. Pero Ewan no hablaba de ello, salvo para decir que tenían un acuerdo financiero que debían dar por terminado. Antes de que pudiera hacer más preguntas, él le había presentado un manojo de flores silvestres que había recogido durante su paseo. Beatrice aún las tenía prensadas entre las páginas de su novela romántica favorita.

—¿Está bien? —preguntó sutilmente cuando unieron sus manos por un breve momento del baile. Él le apretó la mano, una expresión indescifrable cruzando su rostro.

—Estoy bien, querida, estoy con usted —susurró antes de que el baile los separara de nuevo.

Beatrice trató de no mostrar nada en su rostro, pero por dentro su corazón estaba a punto de estallar.

Él la había llamado "querida".

¿Podía creer que lo decía seriamente? ¿Había encontrado la tímida y sosa Beatrice Trafford a alguien que la amara?

Ewan podría haberse dado una patada a sí mismo por el término de cariño que se le había escapado.

Había notado la chispa de alegría en sus ojos al escuchar sus palabras, y maldita sea si no sintió una respuesta brotar dentro de él.

No debería haber dicho nada.

Las aguas entre ellos ya estaban turbias.

No importaba lo que sentía por dentro, no importaba lo que deseaba que pudiera ser posible; darle a Beatrice falsas esperanzas era una crueldad que ella no merecía.

Como tantas cosas que ya había hecho.

Pero no podía evitar cómo se sentía.

Verla a la luz de las velas parpadeantes, con los ojos brillando de emoción, su vestido de menta ajustándose a sus curvas de una manera que casi lo hacía arrodillarse, ¿cómo podría no usar el término de cariño que llevaba en el corazón?

Cuando sus ojos se encontraron con los de Edmund, le costó todo su autocontrol no ir allí y agregar más moretones e hinchazón a la nariz del sinvergüenza.

Pero se sacó a Edmund de la cabeza. Esta podría ser muy bien su última oportunidad de pasar tiempo con Beatrice. No quería que se arruinara con sus pensamientos melancólicos.

Planeaba encontrar una manera de extraerlos a ambos de este lío. Y sabía que probablemente eso significaba no volver a verla jamás.

Esa mañana, después de haber salido furioso de la casa de Edmund, se había permitido considerar brevemente la posibilidad de casarse con Lady Beatrice.

La alegría que sintió ante la posibilidad debería haberlo sorprendido, pero empezaba a sospechar que sus sentimientos por esta mujer no iban a ir a ninguna parte, y solo se volvían más intensos con cada día que pasaba.

Si se casaban, ella estaría a salvo de las garras de Edmund.

Sin embargo, ¿qué tipo de vida tendría?

No podía llevarla a India. Y no podía llevarla a Escocia para lidiar con las consecuencias de la reclamación de deudas de su padre por parte de Edmund. Y después de lo que casi le había hecho a ella con Edmund, no tocaría un solo penique de su fortuna.

Sus negocios estaban comenzando a dar dinero, pero pasarían algunos meses antes de que

realmente comenzaran a dar frutos.

Ewan no era estúpido; sabía que su dote bordeaba lo obsceno. Y si existía la más mínima posibilidad de que ella dudara de sus intenciones, o pensara que se casaba con ella por su dote, eso lo mataría.

Ella ya dudaba de lo que valía. Nunca haría nada para aumentar eso.

Y luego estaba el hecho de que había estado mintiéndole durante semanas.

Por el amor de Dios, incluso había mentido sobre cuándo había llegado allí.

¿Cómo podría casarse con ella y comenzar una vida juntos sin honestidad? No la desairaría así.

Por más que intentara darle vueltas a su razonamiento, no había manera de pedirle que fuera su esposa sin hacerle daño. Y preferiría morir antes que lastimarla.

Todo el día, y hasta cuando habían bailado, una solución se fue volviendo cada vez más clara, hasta que supo que era lo único que podía hacer. La única manera de protegerla de futuros sufrimientos, aunque ya no podría evitarle el daño que le había causado hasta ese momento.

Debía confesar todo al conde, contarle los viles planes de Edmund y pedir su ayuda para proteger a Beatrice y su dinero. Una vez que lograra asegurar la ayuda de Staunton, quizás podría alejarse de ella, sabiendo que estaría a salvo.

Porque, aunque contarle al conde era lo correcto, eso conduciría inevitablemente al fin de cualquier tipo de relación entre él y Beatrice.

Ella nunca lo perdonaría. Y él nunca la olvidaría.

El baile llegó a su fin, y Ewan sintió una extraña tranquilidad asentarse en él. La calma antes de la tormenta. La paz antes de destruir su vida.

—Ewan —lo miró, mordiéndose ese maldito labio.

Aún amaba cómo sonaba su nombre en los labios de ella. Nunca lo habían discutido, simplemente se habían acostumbrado a llamarse por sus nombres de pila. Eso le daba a su relación una intimidad que él siempre atesoraría.

—¿Cree que podríamos tomar un poco de aire? —preguntó.

Frunció el ceño, confundido, mientras ella estudiaba furiosamente su corbata.

Habían pasado semanas desde la última vez que había sido demasiado tímida para mirarlo a los ojos.

¿Acaso lo sabía?

Pero de repente lo miró y no vio recriminación ni censura en su clara mirada.

Debería entregarla de nuevo a su amiga y luego solicitar una reunión con su primo, tal como había planeado.

Sin embargo, cuando ella lo miraba de esa manera, no podía negarse.

—Por supuesto —respondió, maldiciéndose por cobarde al posponer el momento que sabía que tenía que llegar.

Le ofreció el brazo, tratando de memorizar la sensación de su contacto.

Afuera, el balcón estaba vacío y oscuro, iluminado solo por la media luna y un puñado de estrellas.

Una suave brisa jugaba con los mechones sueltos de su cabello, y Ewan no pudo evitar estirar la mano para atrapar un mechón entre sus dedos, deleitándose con la sensación de satén entre ellos.

Debía de ser un masoquista. Cada mirada, cada sonrisa, cada toque le dolerían como un cuchillo cuando ya no la tuviera en su vida.

—¿Tiene frío? —preguntó suavemente.

—No, estoy bien —respondió ella con suavidad—. ¿Y usted?

Ewan le sonrió.

—No.

Ella se volvió para mirar por encima de la barandilla hacia la oscuridad. Se preguntaba qué veía allá afuera.

El silencio parecía alargarse por una eternidad.

Pero no tenía deseos de romperlo. Podría quedarse allí para siempre, solo a su lado, observando cómo su cabello se movía con la brisa.

—No tiene acento escocés —soltó de repente, y él rio a pesar de la situación.

—¿Eso la decepciona? —preguntó, sabiendo que lograría que ella se sonrojara.

Y ahí estaba.

—N...no —se apresuró a asegurarle—. De ninguna manera. Es solo que... me preguntaba cómo, si su familia está en Escocia.

Ewan decidió compadecerse de ella.

—Mi madre era inglesa —comenzó—. Y fui educado en Eton y luego en Oxford. Y, claro, después viajé a la India. No he pasado mucho tiempo en Escocia desde que era un niño.

—Sus padres deben de estar muy orgullosos de usted. Viajar a la India, vivir tantas aventuras, construir su imperio.

El orgullo en su voz casi lo destruyó.

Dios, ella era todo lo bueno, puro e inocente. Ewan ni siquiera podía imaginar lo herida que estaría cuando su primo le contara la verdad.

Cobarde como era, planeaba estar lejos para cuando el conde le dijera todo.

No podía enfrentarse a ella. No podía soportar ver cómo esa mirada que parecía reservar solo para él desaparecía de sus ojos para siempre.

—Mi padre quería que viajara —logró decir, a pesar del nudo en su garganta—. Creo que estaría contento con lo que he hecho.

—¿Y alguna vez volverá a casa? A Escocia, quiero decir. A vivir.

Ewan solo pudo mirarla, deseando cosas que no eran posibles. Imaginando cosas que no podían suceder.

Se la imaginaba en su hogar familiar. Más grande, claro, para la prole que tendrían.

Sabía que ella podría ser feliz en ese rincón pequeño y bucólico del mundo

—Espero que sí —respondió honestamente—. Un día.

Como la estaba observando tan de cerca, notó el súbito levantamiento de su mentón y la tensión en sus hombros.

Ella inhaló profundamente y luego se giró ligeramente para mirarlo de frente.

—¿Y espera ir allí solo? ¿O...? —Su lengua salió rápidamente para humedecer sus labios, y tuvo que hacer un esfuerzo por no reaccionar ante esa acción inocentemente provocativa—. ¿O imagina que tendrá a alguien con usted?

El corazón de Ewan se detuvo.

No era un idiota. Sabía lo que ella estaba preguntando.

Entonces, ¿qué debía hacer ahora? ¿Romperle el corazón? ¿Engañarla?

Sin embargo, antes de que pudiera decidir, sintió que ella se lanzaba de repente contra él y, una vez más, se encontró siendo besado con fervor.

Capítulo Diez

Por un momento terrible, Bea pensó que Ewan no respondería a su torpe intento de besarlo.

Ese no había sido el plan.

Cuando había discutido la velada con Natalia, no había habido mención de lanzarse sobre él como una desvergonzada, por ejemplo.

Pero algo estaba mal.

Bea podía sentir que la mente de Ewan estaba en otra parte, y necesitaba saber si había cometido un error colosal. Si había pensado que él se preocupaba por ella cuando no era así.

Y en el primer momento en que sus labios se encontraron, sus temores parecían tener fundamento en la verdad.

Él se congeló, su cuerpo entero se convirtió en una estatua, y el corazón de Beatrice se detuvo de terror.

Estaba a punto de apartarse y correr hacia adentro cuando él gimió como si estuviera con dolor, y de repente sus brazos la rodearon en un abrazo firme, atrapándola en un torbellino.

Este beso no se parecía en nada al anterior. Había una desesperación en él, una falta de control que no estaba presente en el último.

Beatrice se sintió abrumada mientras una sensación tras otra la sacudía hasta su núcleo.

Sus labios aplastaron los de ella, su lengua exigió entrar en su boca, y no pudo reprimir el gemido de necesidad mientras él despertaba en ella una fuerza de deseo que no sabía que poseía.

Dios mío, ¿cómo podía la gente abrazarse así y no expirar por la emoción que invocaba?

Ewan apartó sus labios de los de ella, inclinándose para dejar besos calientes y desesperados a lo largo de su mandíbula y bajando por la suave columna de su cuello hasta su pulso que latía rápidamente.

Su cuerpo entero temblaba, pero se sentía como si estuviera ardiendo viva, con su propia sangre envuelta en llamas.

Beatrice se aferró a él por su vida, preocupada de que terminaría convertida en un charco a sus pies.

Pero no necesitaba temer, pues sus brazos la atrajeron aún más cerca antes de levantarla del suelo mientras su boca descendía una vez más sobre la de ella.

Podría quedarse así para siempre.

¿Cómo pudo alguna vez dudar de sus sentimientos? No podía sostenerla así, besarla así, a menos que la amara tanto como ella lo amaba a él.

Y de repente, Beatrice no podía esperar para decírselo. Estaba segura de que se casarían. Viajaría a Escocia con él y conocería a su familia. Viajaría a India y vería el hogar que había construido allí y los negocios que había levantado.

Beatrice apartó sus labios de los de él para poder mirarlo a los ojos.

Él parecía atormentado, torturado. Pero eso solo podía ser porque estaba tan arrastrado por la fuerza de sus sentimientos como ella.

—Ewan—. Podía escuchar el tono áspero y grave en su voz, pero no le importaba. Reuniendo su valor con ambas manos, lo miró directamente a sus profundos ojos azules. —Te amo.

Sus palabras parecieron congelar el aire a su alrededor.

No sabía cuánto tiempo habían estado así, mirándose el uno al otro.

Pero cuanto más tiempo permanecía él en silencio, más se enfriaba su ardor, y un miedo

insidioso comenzaba a infiltrarse en su corazón.

Él no lo había dicho también.

No estaba diciendo nada.

—Ewan —lo instó suavemente, el miedo haciendo que su voz temblara.

Esa pequeña súplica fue suficiente para hacerlo reaccionar.

Él la soltó y dio un paso atrás como si ella lo hubiera quemado vivo.

—Ewan, ¿qué...

—Lo siento —exclamó, y ella solo pudo mirarlo mientras su estómago se hundía de temor—. Lo siento tanto.

—¿Lo sientes? —Estaba confundida y de repente asustada, y hasta ella podía escuchar el borde de la histeria comenzando a filtrarse en su voz—. ¿Por qué?

—Bien hecho, primo. Aunque habría apreciado alguna señal de algún tipo. Ni siquiera tuve tiempo de reunir a la multitud.

Beatrice se dio la vuelta para ver a Sir Edmund allí de pie con la más horrible de las sonrisas en su rostro.

Se volvió hacia Ewan en confusión, pero en lugar de lucir tan aturdido como ella, él parecía consternado.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Edmund, lárgate de aquí.

—¿Y perderme el espectáculo? Creo que no.

Las mejillas de Beatrice se quemaron al darse cuenta de que Sir Edmund debía haberlos visto.

Solo unos minutos antes, eso no le habría molestado. Después de todo, se dirigían hacia un compromiso de todos modos. O eso había pensado.

Pero ahora. Ahora no sabía qué pensar.

Su estómago comenzó a revolverse, y sus palmas comenzaron a sudar.

De repente, supo que estaba en medio de algo que no entendía.

—Te dije que no iba a hacer esto —Ewan habló por encima de su cabeza como si ella no estuviera allí.

—De acuerdo, parecía que lo estabas haciendo desde donde estoy yo. Ahora, ¿quieres decirle a la dama lo que estás tramando, o debo hacerlo yo?

—¿Qué demonios estás haciendo, Edmund? —Ewan de repente gritó, y Bea sintió un escalofrío de miedo ante el frío odio en sus ojos. Parecía como si pudiera asesinar a Sir Edmund con sus propias manos—. Esto no encaja con tus grandiosos planes.

Escupió las palabras como si fueran las maldiciones más viles.

Beatrice comenzó a temblar de nuevo, pero a diferencia de la última vez cuando estaba en medio del deseo, ahora se sentía enferma e inexplicablemente asustada.

La llegada repentina de Natalia y Ben solo aumentó su angustia.

—No, no lo es —Sir Edmund habló como si solo estuvieran él y Ewan en el balcón—. Pero tuve tiempo de pensar esta mañana mientras me aplicaba hielo en la cara —bufó, y Bea se dio cuenta de repente de que Ewan debía haber causado el daño en la nariz del barón—. Puede que no nos conozcamos bien, Ewan. Pero te conozco lo suficiente. Habrías hecho cualquier cosa para arruinar mis planes. Ahora, voy a arruinar los tuyos.

Beatrice solo podía mirar entre los dos primos y preguntarse impotente qué estaba pasando.

—¿Pensaste que te dejaría salir de esto? ¿Llegar a casarte con ella y hacerte con esa dote cuando fue mi idea? ¿Cuándo me deben lo que me corresponde?

—No le pedí que se casara conmigo, maldito idiota —gruñó Ewan, y Beatrice sintió como si la

hubiera abofeteado.

¿Qué había dicho el barón sobre su dote? Su estómago seguía revuelto, y ahora su cabeza comenzó a pulsar.

—Ah, así que estabas feliz de seguir el plan original que ideamos entonces.

Sus ojos azul pálido de repente se posaron en el rostro consternado de Beatrice.

—¿Ibas a arruinarla y a huir? Lamento haber arruinado el juego, en ese caso, tal vez habría logrado que se casara conmigo después de todo, cuando no tuviera otras opciones.

Aunque le hablaba a su primo, sus ojos permanecían fijos en Beatrice.

—Parece que he arruinado nuestras posibilidades de enriquecernos con la pequeña solterona. Qué pena.

La cabeza de Beatrice pulsaba tan fuerte que apenas podía escuchar las horribles palabras del barón. Sin embargo, cada una de ellas dolía como una puñalada en el corazón

Sir Edmund soltó un suspiro de hartazgo.

—Supongo que ahora no tendrá a ninguno de los dos —dijo con desdén—. No se preocupe, Lady Beatrice. Una vez que se sepa lo que estaba haciendo aquí afuera, estoy seguro de que las propuestas le lloverán —añadió sarcásticamente.

Toda la fuerza abandonó las piernas de Beatrice cuando las palabras del barón calaron en su mente.

No podía ser cierto, ¿verdad? Ewan no haría eso. Él debía sentir algo por ella. ¡Tenía que hacerlo!

Hubo un repentino estallido de movimiento cuando tanto Ewan como Ben se lanzaron sobre Sir Edmund.

Ewan llegó primero, su gran mano apretando el cuello del barón mientras lo empujaba con fuerza contra la pared.

—Si dices una sola palabra sobre esto, te mataré —le prometió, sus palabras eran aún más amenazantes por el tono bajo en que las pronunció.

—No estarás aquí para hacer nada al respecto —jadeó el barón, mientras su rostro tomaba un horrible tono púrpura—. Te necesitarán en Escocia, con tu padre, que no tiene ni un centavo.

—Puede que él no tenga, pero yo sí.

Ben dio un paso al frente, con el rostro cargado de furia.

Miró a Ewan directamente a los ojos.

—No sé qué está pasando aquí. No creo que quiera saberlo. Pero yo me encargaré de él. Tú —le apartó el brazo del barón sin mucha delicadeza, quien aún lo sostenía con fuerza— le debes una explicación a mi prima.

Sin esperar respuesta de ninguno de los dos caballeros, Ben se giró hacia Beatrice, su expresión cambiando a una de preocupación.

—¿Te hizo daño? —preguntó, mientras Ewan emitía un sonido de protesta ante la pregunta.

¿La había lastimado? Qué pregunta. Sentía como si le hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran pisoteado.

Pero claro, eso no era lo que Ben quería decir. Y aunque emocionalmente estaba destrozada, sabía que Ewan jamás la lastimaría físicamente.

Sin embargo, no pudo pronunciar palabra, pues un nudo le apretaba la garganta, así que solo negó con la cabeza.

Ben la observó por un momento antes de asentir brevemente.

Luego se volvió hacia Natalia.

—Regresaré tan pronto como haya tenido una pequeña charla con el barón —dijo suavemente,

pero la amenaza en su voz era inconfundible—. ¿Podrán estar listas para cuando vuelva? Natalia estaba inusualmente callada, con su rostro tenso, pero asintió con suficiente seguridad hacia su esposo.

El silencio que dejaron Ben y Sir Edmund fue ensordecedor.

Beatrice estaba paralizada. Sentía como si estuviera en medio de una horrible pesadilla. Una que ella misma había creado.

Había estado besando a Ewan. Besándolo de esa manera. Tan segura de que se casarían. Tan segura de que él la amaba.

Y mientras tanto, él... bueno, no sabía exactamente qué había estado haciendo.

No podía hablarle, no podía mirarlo.

—Beatrice.

Su nombre, solo su nombre, susurrado con tal desesperación que parecía habersele escapado del alma.

Pero fue suficiente para que ella supiera que no podía soportar estar cerca de él, ni oír lo que tuviera que decir.

Con una calma extraña, Beatrice lo ignoró y miró directamente a Natalia.

—Quiero irme a casa —susurró.

Natalia reaccionó de inmediato, adelantándose para envolver a Beatrice en sus brazos.

—Por supuesto, querida —dijo suavemente—. De inmediato.

Beatrice solo podía dar gracias a los dioses de que su madre hubiera decidido quedarse en casa esa noche, para no presenciar este humillante espectáculo también.

—Beatrice, por favor.

Sonaba tan desolado. Pero en lugar de hacerla sentir triste o comprensiva, eso despertó una furiosa ira en su interior.

—¿Qué? —siseó, girándose para enfrentarlo—. ¿Qué quieres?

Él parecía sorprendido por su tono. Como si fuera una sorpresa que estuviera enojada porque él, posiblemente, había arruinado su vida.

—Yo... quiero explicarte —dijo, dando un paso hacia ella.

Beatrice retrocedió, aterrorizada de que, si él la tocaba, se derrumbaría.

—Por favor, amor.

Ella rio ante ese término, el sonido áspero y amargo, atascándose en su garganta.

—Amor —repitió—. Qué gracioso.

—Beatrice, vámonos —la instó Natalia, intentando alejarla.

Pero Beatrice se plantó firme y simplemente lo miró, al hombre que creía conocer tan bien.

—¿Planeabas arruinarme? —preguntó, negándose a dejar caer las lágrimas amenazantes.

—No entiendes. Hay cosas que no sabes.

—Oh, creo que puedo adivinarlo —dijo sarcásticamente.

Él la miró como si nunca la hubiera visto antes, y no podía culparlo. Ni ella misma reconocía a la criatura que gruñía y escupía en ese momento.

—Por lo que Sir Edmund anunció con autosuficiencia, deduzco que tu padre está arruinado y le debe al barón. Y entre los dos idearon un plan para destruirme, obligarme a casarme con el barón para que él pueda acceder a mi dote. ¿Acerté?

Pudo ver en su rostro, pálido y demacrado, que había acertado exactamente.

—Dios mío. —Su voz se quebró y, para su horror, las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a caer.

—Beatrice, no es lo que parece —dijo él, dando un paso hacia ella, abrumándola.

Incluso ahora, pensó con asco, quería lanzarse a sus brazos y fingir que nada de esto estaba ocurriendo.

—Cambié de opinión —soltó de golpe.

Su mandíbula cayó ante su descaro.

—Así que *ibas* a ayudarlo a arruinarme, pero luego cambiaste de opinión —repitió ella—. ¿Y qué? ¿Quedarte con mi dote tú mismo?

—No —insistió.

Dentro del salón de baile, la fiesta continuaba como si el mundo no estuviera implosionando justo ahí, en el balcón.

—Nunca tuve la intención de casarme contigo.

Soltó una carcajada ahogada, sorprendida de que aún pudiera sentir más dolor.

—Cerdo —gruñó Natalia a su lado. Bea casi había olvidado que su amiga estaba allí, pero claro, alguien la estaba sosteniendo, supuso.

Ewan soltó una maldición, pasándose una mano por el cabello.

—Eso no es lo que quise decir —dijo él—. Nada de esto debía haber sucedido.

—No, supongo que no —concedió ella, ni siquiera intentando secarse las lágrimas. Que cayeran. Su dignidad ya estaba hecha trizas—. Alguien como yo nunca debía encontrar un amor como este. O lo que pensé que esto era.

No podía soportar mirarlo más. Así que simplemente se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo Once

Ewan estaba en el infierno. Quizá figurativamente, pero se sentía lo suficientemente real.

Y lo peor de todo era que era obra suya.

Solo le había tomado una semana regresar a su hogar en Escocia. Prácticamente había agotado a su pobre caballo para llegar.

Como el cobarde que era, se había marchado la noche del baile.

Cuando regresó a la casa de Edmund para recoger sus pertenencias, su primo no estaba por ninguna parte.

Probablemente era lo mejor, porque Ewan nunca se había sentido tan homicida en su vida. Cada vez que pensaba en el hermoso rostro de Beatrice, pálido y cubierto de lágrimas, quería disparar una bala directamente al corazón de su primo.

Pero no podía odiar a Edmund tanto como se despreciaba a sí mismo.

No tenía idea de lo que había dejado atrás. No sabía si el buen nombre y la reputación de Beatrice estaban arruinados. No sabía si su primo había dejado a Edmund muerto o con vida.

Ewan simplemente había huido como si los sabuesos del infierno lo persiguieran.

Pero no había forma de escapar de su propia mente, que constantemente giraba con pensamientos de Beatrice.

Cuando decidió contarle la historia a su primo, sabía que sufriría. Pero no así.

Ese vacío desgarrador donde solía estar su corazón lo estaba matando. El recuerdo de su rostro, tan lleno de alegría y ternura, seguido por el shock y la traición, lo estaba matando.

El recuerdo de ese último, explosivo beso. El beso que lo obligó a admitir lo que había sabido durante días: que la amaba con cada fibra de su ser, lo estaba matando.

No podía arreglar las cosas con Beatrice. Ni siquiera sabría por dónde empezar a intentarlo.

Así que había huido. Y lo había lamentado desde entonces.

La carta que le dejó probablemente ya había sido destrozada. ¿Qué bien podía esperar de ella, en cualquier caso? ¡Una carta! Unas pocas palabras insignificantes para tratar de justificar lo que casi le había hecho. Era un insulto.

Afuera, el amanecer empezaba a quebrar la oscuridad de la noche. Ewan escuchaba los sonidos familiares de su hogar escocés despertándose.

Los sirvientes se levantarían pronto y comenzarían a preparar la comida matutina.

Ewan ni siquiera sabía si el leal personal estaba siendo pagado. No había preguntado.

Llegando cansado por el viaje y con el corazón dolido hace solo dos noches, se sintió aliviado al ver que hasta el momento no habían llegado los secuaces de Edmund para desalojar a sus padres.

Pero su alivio fue breve. La preocupante situación había envejecido a sus padres de maneras que sorprendieron a Ewan y lo hicieron sentir culpable por haber pasado tanto tiempo fuera.

El rostro de su madre estaba marcado por las arrugas, su cabello encanecido, y sus ojos, antes del mismo azul claro que los suyos, ahora lucían apagados y nerviosos.

Y su padre, cuya salud no había sido buena durante años, se veía preocupantemente enfermo y pálido.

Ewan no había querido agobiarlos con su fracaso en razonar con Edmund. Pero estaban tan contentos de verlo de nuevo, tan seguros de que él resolvería todos sus problemas, que terminó confesándoles todo el triste asunto.

Por supuesto, sus padres insistieron en que había hecho lo correcto al negarse a seguir el plan de

Edmund.

Y su padre, un orgulloso escocés, insistía una y otra vez en que la culpa era suya y, por lo tanto, también lo debía ser la solución.

Pero esto era solo otra manera en la que Ewan había fallado.

Amaba a tres personas en el mundo. A una de ellas de una manera que le hacía difícil respirar sin ella. Y había defraudado a las tres.

Ewan sabía lo que debía hacer, por supuesto.

Tenía que regresar a la India, vender lo que pudiera, y luego volver para cuidar de su madre y su padre.

No podía rectificar los errores de su padre a tiempo para salvar su hogar. Y ellos eran demasiado viejos y estaban demasiado enfermos para pasar sus últimos días en la India. Solo el viaje sería demasiado para su padre.

Pero podía asegurarse de que se instalaran en una pequeña cabaña durante sus viajes y luego regresar para solucionar el desorden.

No era lo ideal. Y no era suficiente para salvarlos de la indignidad de perderlo todo. Pero no tenía mucha opción.

Podía hacer todo eso. Lo *haría*. Y, sin embargo, se demoraba.

Tonto de él, le daba pena dejar el país tan pronto.

¿Qué pasaría si Beatrice hubiera sido arruinada? ¿Y si, de alguna manera, Edmund había encontrado la forma de forzarla a casarse?

Ewan lo dudaba, pero la racionalidad había perdido su lugar en su mente cuando se trataba de la hermosa morena.

¿Qué pasaría si existía una pequeña posibilidad de que ella, de alguna manera, lo necesitara? ¿Si no ahora, en el futuro?

No podía pensar en irse cuando se aferraba desesperadamente a esa esperanza, por vana que fuera.

Miró el reloj de bronce dorado sobre la repisa mientras daba la hora. Había pasado otra noche sin pegar ojo.

Faltaba exactamente una semana para el Primero de Mayo.

Beatrice había hablado con tanto entusiasmo sobre las festividades que incluso Ewan había comenzado a emocionarse al respecto.

Escuchaba, fascinado por el rubor en sus mejillas, el brillo en sus ojos verde dorado, mientras ella hablaba de la procesión, los bailes y la coronación de la Reina de Mayo.

Quizá ella no notara el leve anhelo en su tono al contarle sobre la tradición, pero Ewan lo había notado. Notaba todo sobre ella.

Una vez más, el recuerdo de sus lágrimas apareció en su mente y lo atormentó.

Cualquier placer que sintiera al recordar su entusiasmo se extinguía por los recuerdos más recientes de su traición.

Había arruinado sus posibilidades. Lo sabía. Del mismo modo que sabía que no merecía un corazón tan puro como el de Beatrice.

Y ella no quería uno tan engañoso como el suyo.

Pero lo tenía de todos modos.

—Mi lady, si no se toma el tiempo para practicar, nunca podrá usar sus talentos musicales para asegurar afectos. Ahora. Otra vez.

Solo su fuerza de voluntad evitaba que Beatrice se arrancara el cabello y gritara a Monsieur

Bisset.

Tocar el pianoforte no iba a traer de vuelta a Ewan. Cantar como un ángel no iba a hacer que se enamorara de otro.

Llevaba una semana desesperada por intentar volver a la normalidad. Pero no servía de nada. Ya no sabía qué era la normalidad.

En solo unos pocos días, Ewan se había insinuado en su mundo, en su corazón, y se sentía perdida sin él.

Y eso la hacía enfermarse de autodesprecio.

¿Cómo podía amarlo y extrañarlo después de lo que había hecho?

—*S'il vous plaît*, mi lady.

Beatrice apretó los dientes y comenzó a tocar como si tuviera ocho años otra vez.

Esto era ridículo.

Se detuvo bruscamente y luego se giró en el banco para enfrentarse a su instructor. Su torturador, para decirlo con propiedad.

—He terminado.

El diminuto francés la miró con consternación.

—Pero debe...

—He terminado —repitió con firmeza, antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta—.

Monsieur Bisset, le agradezco todo lo que ha intentado hacer. Pero no necesito ni quiero estas lecciones. He terminado.

Su madre la mataría cuando se enterara de lo que acababa de hacer, pero ya no le importaba.

Por primera vez en una semana, logró sonreír.

Al salir al jardín, Beatrice levantó el rostro hacia el sol.

De repente, tenía la mañana libre, pero no tenía idea de qué hacer con ella.

No, eso no era cierto. Sabía exactamente lo que haría, al igual que sabía que no debía hacerlo.

Natalia le había dicho que quemara la carta ceremoniosamente. Que purgara a Ewan de su mente y de su corazón. Pero Natalia no sabía lo que contenía, ya que Beatrice ni siquiera había dejado que su mejor amiga la leyera.

El problema era que él no solo estaba en su mente o en su corazón, sentía que su alma misma estaba marcada con su nombre. No había forma de deshacerse de él.

Beatrice se dirigió rápidamente hacia el pequeño templete junto al estanque, su lugar favorito para leer o estar sola.

Una vez sentada en el banco, sacó la carta de Ewan, arrugada ya por el constante doblar y desdoblar.

Cuando llegó la mañana después del desastroso baile, estaba demasiado angustiada para leerla. Sin embargo, esa noche, acostada en la cama, la devoró con los ojos a la luz de una vela, con las emociones a flor de piel y las lágrimas cayendo libremente.

La había leído todos los días desde entonces.

La sabía prácticamente de memoria.

Pero sus ojos recorrieron la fuerte y masculina caligrafía como si la estuviera viendo por primera vez.

Mi querida Beatrice,

Sé que no tengo derecho a dirigirme a usted de este modo, pero entre los muchos pecados que he cometido, dudo que este sea considerado el peor.

Sé que leerá esto y me considerará un cobarde por haberme marchado. Y tiene razón. Soy demasiado cobarde para volver a verla, sabiendo el dolor que le he causado. Soy demasiado

cobarde para quedarme cerca y ser recordado por lo que hice. Y, sobre todo, soy demasiado cobarde para ver el desprecio, totalmente comprensible, en sus hermosos ojos. Ojos que antes me miraban con una ternura que me daba una felicidad indescriptible.

Una vez me dijo que me amaba, y yo, como el tonto que soy, no se lo dije también.

Sé que el recuerdo de la noche pasada me perseguirá por el resto de mi vida. Sé que haberla herido será siempre mi mayor arrepentimiento. Y sé que algún día conocerá a alguien que sea digno de ese amor. Usted no siempre cree en su propio valor, pero Beatrice, es un tesoro sin igual. Es bondadosa, hermosa, pura y buena, y merece estar con alguien que sea digno de todas esas cualidades.

Desearía más que nada ser ese hombre. Desearía no haber permitido que las circunstancias me hicieran considerarla de esa manera. Desde el primer momento en que la vi en el bosque, supe que no podía hacerlo.

No tiene motivos para creermelo, pero le aseguro con total honestidad que iba a intentar arreglarlo. Me permití distraerme por usted y por lo que siento por usted. Y usted descubrió mi duplicidad de la peor manera posible.

Por eso, y por tanto más, lo siento.

No pediré el perdón que no merezco. Y aunque la idea de no volver a verla me mata, me mantendré alejado para que nunca tenga que volver a verme y recuerde el dolor que le infligí.

Las palabras y los sentimientos no le sirven de nada ahora. Pero no puedo marcharme sin decirle que la amo, Beatrice. Aunque no tenga valor, la amo con cada parte de mi corazón y seguiré amándola hasta que dé mi último aliento.

Mi mayor deseo es que se recupere de esto. Y aunque sé que nunca lo hará, si alguna vez me necesita o simplemente me quiere, acudiré. Desde cualquier parte del mundo, por el tiempo que usted quiera. Acudiré.

Con todo mi amor,

Ewan.

Beatrice se secó las lágrimas inútiles, temiendo que mancharan la página.

No, no lo necesitaba. Ben se había encargado de eso. Pero, Dios, lo quería aquí.

Lo extrañaba tanto que sentía como un dolor físico que no desaparecía. Quizás nunca desaparecería.

Quizás ahora su vida consistiría en vagar por ahí, sintiéndose como si le faltara la mitad de su ser, por toda la eternidad.

—Ahí estás.

Alzó la vista para ver a Talia y Ben mirándola desde arriba, con expresiones de preocupación en sus rostros.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla sin que la detuviera, y Natalia reaccionó de inmediato, sentándose en el banco y abrazando a Beatrice.

—¿Esa es la carta? —preguntó con suavidad.

Beatrice no podía hablar, así que asintió antes de entregarle la misiva.

Parecía casi un acto de traición permitir que alguien más leyera los pensamientos privados de Ewan. Pero Beatrice necesitaba que Natalia la hiciera entrar en razón. Necesitaba que ella desestimara las palabras de Ewan, lo llamara un sinvergüenza despiadado y le dijera a Beatrice que lo olvidara para siempre.

Se sentó en un silencio insoportable mientras Talia la soltaba, tomaba la carta y comenzaba a leerla de inmediato.

Bea levantó la vista hacia Ben, pero su atención estaba en Natalia y la carta. Sin duda él querría leerla, pero Bea no se lo permitiría. Le parecía aún menos apropiado dejar que su primo la leyera que Talia. Aunque Ben había sido quien se aseguró de mantener a Sir Edmund en silencio, con métodos que no había revelado, pero que le aseguró habían sido muy efectivos.

Beatrice solo podía asumir que lo que Ben había hecho o amenazado había funcionado, porque, contrariamente a sus temores, su hogar no había sido invadido por chismosos ni por vecinos escandalizados.

Su reputación no estaba arruinada, entonces, solo su corazón.

Finalmente, Natalia terminó de leer la carta. Con un suspiro, la dobló con cuidado y, sin decir una palabra, se la devolvió a Bea.

Miró a Beatrice intensamente a los ojos, como si buscara algo.

Luego, se volvió para mirar a su esposo.

—Creo que deberías contarle sobre tu conversación con Sir Edmund —dijo finalmente.

Capítulo Doce

Era un idiota.

Sabía que era un idiota.

Se lo repetía a sí mismo una y otra vez.

Sin embargo, ahí estaba.

Ewan no podía explicar la locura que parecía haberlo atrapado.

Todo lo que sabía era que, en un momento, estaba sentado en Escocia, ahogándose en tristeza y whisky, y al siguiente exigía que su madre y su padre empacaran para un viaje.

Había dejado instrucciones tanto para el valet de su padre como para la criada de su madre, luego arrojó algunas pertenencias en una valija y se marchó como un hombre poseído. Que lo era.

Una vez más, su pobre caballo había sido llevado al límite para regresarlo aquí en menos tiempo del que le había tomado llegar a Escocia.

Incluso mientras se acercaba a acariciar a Ares, sabía que necesitaría más que unas pocas palabras para que el semental lo perdonara por el esfuerzo.

Ewan esperaba que su madre y su padre llegaran pronto a la posada que había pagado apresuradamente. No había querido dejarlos en Escocia esperando que Edmund los echara de su hogar.

Pero no podía mantenerse alejado.

Había intentado hacerlo. Le había dicho a Beatrice que lo haría. Pero no podía.

“Solo necesito verla una vez más”, le dijo a Ares, quien sospechaba que no estaba realmente escuchando. “Incluso si me abofetea y me manda a la calle, necesito ver que está bien.”

Había estado de pie aquí como un tonto toda la mañana.

No había comido; apenas había dormido. Solo necesitaba llegar hasta ella.

Ewan no tenía idea de cómo era la vida de Beatrice ahora. Pero juraba que, si Edmund había conseguido dañar su reputación, haría más que dañar a su primo.

El sonido de una rama rompiéndose lo trajo de vuelta al camino en el que estaba.

Le dio un vuelco el aliento en la garganta y su corazón comenzó a acelerarse.

Y entonces...

Ahí estaba ella.

El estómago de Ewan se retorció con una multitud de emociones al ver a Beatrice aparecer.

Euforia, miseria, deseo y culpa luchaban dentro de él.

Ella aún no lo había visto. Ni a su caballo.

Tenía la cabeza gacha, su cabello castaño cubierto por uno de sus sombreros enormes, y él sentía un impulso desquiciado de marchar hacia ella y quitárselo. Odiaba que ella se escondiera de esa manera. Quería deleitarse mirando su rostro. Especialmente si esta iba a ser la última vez que pudiera hacerlo.

Como en su primer encuentro, Ares estaba entre ellos.

Si no levantaba la cabeza pronto, volvería a chocar con el animal.

Justo cuando Ewan estaba a punto de llamarla para advertirle, su cabeza se alzó de repente, y él observó cómo esos ojos desgarradores se abrían de par en par al detenerse a solo centímetros del caballo.

—¿Ares? —susurró, y Ewan quedó sorprendido por la oleada de anhelo que sintió solo con escuchar su voz.

Preparándose para el inevitable odio de ella, salió de detrás del inconsciente caballo.

—Beatrice. —Su voz sonó ronca incluso para él mismo.

Ella se quedó inmóvil, y Ewan tuvo que contenerse para no acercarse a ella. No tenía derecho a tocarla, ni a estar aquí pensando en su último beso, en cómo se habían sentido sus labios contra los suyos, en cómo se había sentido su cuerpo entre sus brazos.

Tenía miedo de asustarla. Era como un potrillo nervioso, y no quería espantarla.

Dio un paso vacilante hacia ella, su corazón quebrándose cuando ella retrocedió tambaleándose.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

Era lo más extraño, pensó Ewan. Aunque las cosas entre ellos estaban en su peor momento, sintió una oleada de orgullo en su pecho al verla enfrentarlo de frente, con la barbilla en alto y sus ojos brillando. Semanas atrás, ella habría mantenido la vista en el suelo del bosque, tartamudeando y balbuceando durante su encuentro.

—Tu carta decía que te mantendrías alejado. ¿Fue eso otra mentira?

Sus palabras lo hirieron profundamente, pero no más de lo que merecía. Casi agradeció el dolor, feliz de que ella quisiera herirlo. Eso ayudaba a aliviar un poco su culpa.

—No, no fue una mentira. Lo pensaba en ese momento. Pero... pero quería verte otra vez. Antes de irme. Por si acaso —rio amargamente de su propia estupidez—. Por si acaso me necesitabas.

Ella se estremeció ante sus palabras, y eso lo hizo sentir que moría.

—Lo siento —dijo inútilmente—. No debí venir. Me voy a la India. Necesito arreglar mis asuntos y... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza. Ella no estaría interesada en nada de eso.

—Solo necesitaba verte, una vez más.

Ella seguía sin reaccionar. No se movió. No le respondió.

Lo cual, en sí mismo, era una respuesta.

Ewan no había esperado otra cosa, en realidad. Pero aun así dolía como el infierno.

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta para irse, tomando las riendas de Ares.

Pero su voz lo detuvo antes de que diera más de dos pasos.

—Dijiste que me amabas.

Beatrice no podía creer que lo hubiera dicho así, sin más.

Pero tampoco podía creer que él estuviera allí.

Desde su conversación con Ben y Talia, después de que Ben le explicara las terribles circunstancias en las que Ewan se había encontrado, los muros de defensa, ya inestables, alrededor de su corazón se habían ido derrumbando. Porque podía entender cómo había sucedido. Podía comprender el dilema en el que él se había visto.

Y tenía que admitir que ella había iniciado el beso que Sir Edmund había presenciado. No Ewan. Y ahora, verlo allí diciéndole que se marchaba. Diciéndole que quería verla, hizo que su pobre y maltratado corazón latiera desbocado.

Él se giró de nuevo hacia ella, y el aliento de Bea se detuvo al ver la intensidad de la emoción en sus profundos ojos azules.

Parecía un hombre torturado. Ella recorrió su figura con la mirada. Aunque seguía siendo desgarradoramente apuesto, parecía destrozado. Su ropa estaba arrugada, su mandíbula cubierta de barba, sus ojos oscuros y cansados.

Debería haberle hecho lucir peor, pero solo lo hacía verse más hermoso de una manera más ruda. ¡No era justo! Sabía que ella, por su parte, lucía terrible.

—Pero te fuiste —continuó—. Y ahora me dices que te marchas a la India.

Él se lanzó hacia adelante, agarrándola de los hombros y sacudiéndola suavemente.

—Me fui porque estaba tan avergonzado de lo que te había hecho —dijo ferozmente, con esa emoción ardiente aun brillando en sus ojos—. No quería irme. Aún no quiero. Dios, si pudiera pasar cada segundo de cada día a tu lado, lo haría.

Beatrice sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¿Podía confiar en él? ¿Creer que la deseaba?

—Te amo más allá de las palabras, Beatrice. Nunca dejaré de amarte, así como nunca dejaré de odiarme por lo que te hice.

—Entonces, ¿por qué te vas?

Sus dedos se tensaron alrededor de sus brazos antes de soltarla con un suspiro.

—Necesito... ocuparme de algunas cosas. Arreglar mis asuntos para poder regresar. Para poder ayudar a mi padre.

Beatrice no sabía qué pensar de él.

Si la amaba, ¿por qué no le pedía que se casara con él? Su dote podría resolver todas sus obligaciones financieras, las de su padre, y aún los dejaría con una gran fortuna.

Si sus declaraciones de amor eran sinceras, ¿por qué huir en lugar de hacer lo correcto?

—Dices que me amas —repitió ella—. Pero no me pides que me case contigo. No...

—No. No te pediré que te cases conmigo. No te pediré que me perdones. No ahora.

El estómago de Beatrice se revolvió ante sus palabras.

Había dicho “no ahora”.

—¿Eso significa que tenías la intención de hacerlo?

Beatrice no sabía de dónde sacaba el valor para ser tan directa.

Quizá era la alegría de volver a verlo. Quizá era porque lo había extrañado tanto. Quizá era porque incluso Ben y Natalia creían que sus palabras eran sinceras y que no la había herido intencionadamente.

Su triste sonrisa le desgarró el corazón.

—No quería nada más que ser tu esposo —confesó en voz baja—. Aún no quiero nada más. Pero no voy a usar tu dinero. No me atreveré siquiera a creer que puedes ser mía hasta que sea digno de ti. Hasta que haya arreglado este desastre y demostrado que solo te quiero a ti. No tu dinero. No tu dote. Y no porque haya dañado tu reputación. Sino porque te amo con todo mi corazón, y necesito estar contigo, siempre.

El corazón de Bea se hinchó al escuchar sus palabras. Y se dio cuenta, al mirarlo a los ojos atormentados, que le creía.

Realmente creía que este hombre alto y apuesto la amaba. A ella, la simple, tímida y aburrida Lady Beatrice Trafford. No porque quisiera su dinero. No porque quisiera el nombre de su familia. Sino porque la quería a *ella*.

Dio un paso más cerca de él, sabiendo que tenía que elegir perdonar. Elegir confiar. Dar un salto de fe, creyendo que él decía la verdad. Que había pasado todo ese tiempo desde el baile tan miserable como ella. Y si su expresión era de fiar, lo había hecho. Quizá incluso más.

—Sabes —comenzó, titubeante—, mi madre estaba decidida a llevarme a Londres en junio para encontrarme un esposo.

El dolor que cruzó por su rostro al oír la noticia era otra prueba de que podía creer en su sinceridad.

— Y yo desprecio Londres, y la Temporada, por lo que estaba igualmente decidida a casarme antes de mayo.

Su expresión cambió a una de confusión.

Se acercó aún más y vio cómo el deseo comenzaba a encenderse en sus ojos por su proximidad.

—Tu negativa a casarte conmigo ahora arruina un poco ese plan, Ewan. Porque quiero casarme por amor. Y tú eres el hombre que amo.

Ella levantó la mano y la colocó tentativamente sobre su pecho, justo sobre su acelerado corazón, tragando el nudo de emoción mientras él la rodeaba con los brazos y la levantaba del suelo.

Su voz se quebró al susurrarle palabras de cariño, hundiendo su rostro en su cuello.

—Te amo, cariño. Te amo tanto. Nunca dejaré de intentar compensarte por esto, si me lo permites.

Pero Beatrice ya había elegido perdonar. Había elegido confiar. Ahora, solo quería concentrarse en construir un futuro juntos.

—Puedes compensarme casándote conmigo —dijo, sonriéndole, esperando su rendición.

Él se inclinó y la besó hasta dejarla sin sentido, encendiendo la ya familiar conflagración que era parte de su amor mutuo.

Cuando la soltó para que respirara, le sonrió.

—No —respondió con suavidad, pero con firmeza, dejándola completamente atónita—. Pero me encantaría acompañarte a la celebración del Primero de Mayo como tu prometido, si me aceptas.

Frunció el ceño con desagrado, aunque su corazón latía con felicidad. Pero no pasó mucho tiempo antes de que su sonrisa volviera.

—Por supuesto que te aceptaré —susurró—. Para siempre.

Epílogo

—Esto es una tontería —objetó Beatrice.

—No, no lo es —respondió Natalia con firmeza—. Es perfecto.

Beatrice recorrió su reflejo en el espejo con mirada crítica, ajustando la corona de flores sobre sus rizos castaños sueltos.

—Pues me *siento* tonta —murmuró, mientras Natalia le entregaba un ramo de flores primaverales.

—Pero te ves hermosa —replicó Natalia, terca—. Ahora vamos. Creo que un año es suficiente espera.

Beatrice no pudo reprimir una sonrisa mientras esquivaba a la pequeña multitud para tomar su lugar al frente del desfile del Día de Mayo.

Era poco convencional, por decir lo menos. Pero entonces, todo sobre su compromiso con Ewan lo era.

Normalmente, un compromiso de un año sería motivo de preocupación, supuso. Pero Ewan había permanecido firme en su determinación de no casarse con ella hasta que fuera económicamente independiente, lo que significaba que no necesitaría su dote.

Que él fuera inflexible cuando se trataba del dinero que casi los había separado.

“*Gástalo o guárdalo para nuestras hijas*” había insistido—. Pero no tocaré ni un centavo de él.

Después de su reencuentro el año pasado, Ewan se había marchado durante cinco largos meses, y Beatrice lo había extrañado desesperadamente.

Su único consuelo cuando su madre la arrastró a Londres fue que, aunque no se había casado en mayo, al menos se había comprometido, y eso había sido suficiente para detener las lecciones con Monsieur Bisset y las humillantes intentonas de emparejamiento de Lady Fortescue.

Ewan había logrado conservar la mayoría de sus intereses comerciales, vendiendo solo lo necesario para saldar las deudas de su padre.

Y ahora, como siempre había sabido que sucedería, era un hombre económicamente independiente.

Cuando finalmente llegó a casa, y fue directo a verla, le informó que no habían tenido otra opción que vender la casa donde creció.

Sir Edmund no tenía interés en un montón de piedra en las tierras salvajes de Escocia, o eso dijo, y accedió, con no poca presión de Ben, quien lo vigilaba de cerca, a permitir que el señor Brooks vendiera la casa y la granja, lo que permitió liquidar la deuda restante y a Ewan conservar la mayoría de sus negocios.

Sus padres, dijo, le habían escrito para decir que vivían cómodamente en Escocia y que viajarían para la boda.

Una boda que, finalmente, estaba ocurriendo.

El señor Almont, con la cara enrojecida de emoción, vio a Beatrice y la llamó para que avanzara.

—Ah, mi lady —hizo una reverencia—. Tenemos a nuestra Reina de Mayo y podemos comenzar.

Las mejillas de Beatrice se ruborizaron por una mezcla de emoción y vergüenza. No tenía idea de por qué Ewan había insistido en esto para su boda.

—Tendrá que aceptar la atención y la adoración como le corresponde, Su Majestad —bromeó él cuando ella se quejó de los hilos que había movido.

Pero una parte secreta de ella se emocionaba ante la idea de que "ella, la pequeña Beatrice", finalmente había sido coronada Reina de Mayo.

Beatrice lideró la procesión por el pueblo, sonriendo a los saludos de los bienquerientes y saludando a los niños que chillaban de emoción a su paso.

Finalmente, la iglesia apareció a la vista, una parada en el camino hacia el palo de mayo, como le había explicado Ewan.

—¿Estás lista? —susurró Ben mientras le tomaba el brazo, preparándose para llevarla al interior y hacia su futuro.

—Ha pasado un año —le sonrió—. Estoy más que lista.

El señor Altmont se adelantó apresuradamente para señalar al organista, y cuando Beatrice entró, sus ojos encontraron inmediatamente a Ewan, y se dirigió hacia él, lista para que su "para siempre" comenzara.

—Al fin solos.

Ewan se sentía como un joven lleno de hormonas mientras finalmente cerraba la puerta detrás de él, girando la cerradura con un clic decisivo.

Habían sido un par de meses tortuosos, y estaba desesperado por acercarse a su esposa.

¡Su esposa! Todavía no podía creer su suerte, especialmente con cómo habían comenzado las cosas entre ellos.

Avanzando hacia ella, extendió la mano y la atrajo contra él, gimiendo al sentirla finalmente presionada contra su cuerpo.

—Sabes —inclinó la cabeza para mordisquear su cuello, deleitándose con el suspiro de placer que ella soltó—, pensé que estar lejos de ti en India era malo, pero estar tan cerca de ti durante los preparativos de la boda y no poder robar más que unos pocos besos ha sido una tortura absoluta.

Extendió la mano para quitarle la corona de flores de sus cabellos.

Se había visto hermosa con esa corona fantástica y el vestido blanco fluido. Como una ninfa del bosque. Y ahora, era toda suya.

Era suficiente para llevarlo al borde de perder el control, y ni siquiera la había tocado como era debido aún.

Una urgencia embarazosa impulsaba los movimientos de Ewan mientras giraba a Beatrice y comenzaba a tirar sin demasiada delicadeza de los ridículos botones de su vestido.

Su risa entrecortada solo lo desesperaba más.

—¿Cuántos malditos botones necesita un vestido? —refunfuñó, mientras se inclinaba para besarle la nuca.

Ese gesto hizo que su cabeza cayera hacia atrás, apoyándose en su hombro, y él aprovechó la oportunidad, inclinándose para saquear su boca.

La forma en que estaba acurrucada contra la parte de él que más la necesitaba lo enloquecía.

—¿Qué tanto te importa este vestido? —le preguntó, levantando la cabeza.

—Nada —jadeó ella, y en ese momento, no podría haberla amado más.

Con un sonido profundo de satisfacción, desgarró la tela, haciendo que los imposibles botones de perla volaran por la habitación y chocaran con el suelo.

—Necesito hablarte de algo —Beatrice se giró para enfrentarlo.

Le encantaba que aún pudiera sonrojarse, incluso mientras se deslizaba con facilidad fuera de su vestido destrozado.

—Sí —dijo él de inmediato antes de volver a aplastarla contra sí—. Sea lo que sea, mi respuesta

es sí.

Se inclinó para seguir la línea de su cuello con besos.

—Entonces, no te importa que nos mudemos a tu hogar en Escocia, ¿verdad? Ya me tomé la libertad de expandirlo y construir una casa en los terrenos para tus padres. Tu madre insistió en que deberíamos tener nuestra privacidad.

Ewan apenas escuchaba, pero eventualmente sus palabras atravesaron la neblina de deseo que lo envolvía, y sus ojos se alzaron hacia ella.

Enderezándose, solo pudo fruncir el ceño, confundido.

Beatrice se apartó de sus brazos, y él intentó desesperadamente no distraerse con el movimiento de sus caderas bajo la fina prenda que aún llevaba puesta.

Ella tomó un fajo de papeles que él ni siquiera había notado y se los tendió. Estaba mordiéndose el labio, y sus ojos estaban grandes y llenos de incertidumbre.

Aún confuso, Ewan tomó los papeles en silencio y los repasó con la mirada.

Su corazón se detuvo en seco antes de acelerarse como un caballo desbocado.

—¿Qué...?

No podía siquiera articular las palabras, pero no hacía falta, porque Bea se apresuró a explicarse.

—Dijiste que mi dinero era mío y que debía hacer lo que quisiera con él —le recordó—. Así que le pedí a mi madre que me lo entregara mientras estabas fuera.

Ella extendió la mano para sujetar las manos temblorosas que aún aferraban las escrituras.

—Sé que querías demostrarme que tu amor es sincero. Que no querías mi dinero ni mi ayuda. Pero tu hogar es una parte tan importante de ti. Y quiero que también sea parte de la vida de nuestros hijos. Quiero que nuestro matrimonio sea una asociación en todos los sentidos, Ewan. Quiero compartir tus cargas y tus triunfos. Y no podía quedarme de brazos cruzados mientras perdías tu herencia solo porque querías demostrarme tu sinceridad.

Solo podía mirarla mientras asimilaba lo que había hecho.

—Por favor, no te enojas —prosiguió ella rápidamente—. Sé lo importante que era para ti no aceptar mi ayuda. Pero...

¿Enojado?

Soltando una maldición, dejó caer las escrituras y la levantó en brazos, girándola antes de aplastar su boca contra la de ella.

—¿Enojado? —Finalmente habló, mirándola con asombro puro—. ¿Cómo podría estar enojado? No puedo creer que hayas hecho algo tan maravilloso. Tan generoso.

Ella sonrió aliviada.

—Me alegra que lo apruebes —respondió con una sonrisa traviesa y los ojos brillantes—. Ahora, como Reina de Mayo, tengo un decreto real.

Su cuerpo reaccionó al instante ante la deliciosa picardía en su mirada.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

Ella se inclinó y susurró contra sus labios.

—Hazme el amor.

Ewan casi se desmayó en el acto. Jamás entendería cómo había tenido tanta suerte de ganarse el amor de esta mujer.

—Como ordene, majestad —gruñó, y se dispuso a cumplir con su mandato.

Fin.